MAX PORTER
El duelo es esa cosa con alas
RANDOM HOUSE

MAX PORTER

El duelo es esa cosa con alas

Traducción de Milo J. Krmpotić

RANDOM HOUSE

Para Roly

Que el ~~Amor~~ *cuervo* es todo lo que hay

Es todo lo que sabemos del ~~Amor~~ *cuervo*

Y es de rigor: el ~~peso~~ *cuervo* debe ser

Proporcional al ~~surco~~ *cuervo* que deja.

EMILY DICKINSON

PRIMERA PARTE

UN ECO NOCTURNO

NIÑOS

Hay una pluma en mi almohada.

Las almohadas se hacen con plumas, duérmete ya.

Es una pluma grande, y es negra.

Ven, puedes dormir conmigo.

En tu almohada también hay una pluma.

Dejemos las plumas donde están y
durmamos en el suelo.

PAPÁ

A los cuatro o cinco días de que ella muriera, me encontraba sentado en el comedor, solo, preguntándome qué hacer a continuación. Mi mente daba vueltas en espera de que la conmoción comenzara a remitir, en espera de que alguna forma de sentimiento estructurado emergiera de la impostura organizativa en que transcurrían las jornadas. Me sentía ansioso y vacío. Los niños dormían. Yo bebía. Me asomaba a la ventana y fumaba cigarrillos liados a mano. Pensaba que, como consecuencia principal de su marcha, me iba a transformar ya para siempre en ese tipo adicto al orden que confeccionaba listas y comerciaba con los lugares comunes del agradecimiento, en ese arquitecto casi maquinal de rutinas para niños pequeños que han perdido a su madre. El duelo parecía una cuarta dimensión, una abstracción vagamente familiar. Tenía frío.

Los amigos y familiares que en un primer momento nos llenaron de atenciones habían regresado a sus hogares para continuar con sus vidas. Cuando los niños se iban a la cama, el apartamento carecía de sentido, nada se movía por su interior.

Sonó el timbre y me preparé para recibir una nueva ración de atenciones. Otra lasaña, unos libros, un abrazo, algunos platos precocinados para los niños. Claro, me estaba convirtiendo en un experto en el comportamiento de los elementos satélite del duelo. Hallarme en el epicentro del mismo me otorgaba una curiosa conciencia

antropológica sobre quienes orbitaban a mi alrededor: los abrumados, los que actuaban con afectada languidez, los de-momento-nada, los que se quedaban más tiempo del que debían, los mejores amigos que no le conocía a ella, ni a mí mismo, ni a los niños. La gente que aún no tengo puta idea de quién era. Me sentía como la Tierra en esa espectacular foto que muestra el planeta rodeado por un grueso cinturón de chatarra espacial. Tenía la sensación de que pasarían años antes de que el tejido que hilvanaba las representaciones ajenas de dolor por mi esposa muerta mermara lo suficiente como para permitirme ver, de nuevo, la oscuridad del espacio. Y, por supuesto –no hace falta decirlo–, ese tipo de ideas me hacía sentir culpable. A la vez pensaba, en solidaridad conmigo mismo, todo ha cambiado, ella ya no está con nosotros y puedo opinar lo que me dé la gana. Se trataba de una postura con la que ella comulgaría, porque los dos fuimos siempre personas exageradamente críticas, cínicas incluso, probablemente desleales, confusas. Una pareja de comentaristas cabronazos que de madrugada se dedicaba a practicar la autopsia a las cenas organizadas por otras parejas, aunque siempre desde la buena intención. Hipócritas. Compañeros.

El timbre sonó de nuevo.

Bajé por la escalera enmoquetada hacia el frío del recibidor y abrí la puerta de casa.

No vi las farolas, los cubos de la basura ni el adoquinado de la calle. No vi ningún perfil, ninguna luz, ninguna forma, tan solo noté el hedor.

Sonó un chasquido, se produjo un movimiento fulgurante y me sentí lanzado hacia atrás, perdí el aliento, me golpeé

contra la pared. El pasillo estaba oscuro como boca de lobo, helado, y pensé «¿En qué mundo sería concebible que me atracaran esta noche y además en mi propia casa?». Y entonces pensé «¿Y eso qué importa, la verdad?». Pensé también «Por favor, no despiertes a los niños, necesitan descansar. Te daré hasta el último céntimo de lo que tengo si no despiertas a los niños».

Abrí los ojos a la oscuridad, todo a mi alrededor crujía y chirriaba.

Plumas.

Y un intenso olor a putrefacción, el tupido tufo dulzón de la comida que acaba de pasarse, y olía a musgo, y olía a cuero, y olía a levadura.

Plumas entre los dedos, ante los ojos, dentro de la boca; bajo mi cuerpo, una hamaca mullida me mantenía elevado un palmo por encima del suelo de baldosas.

Un ojo brillante, de color negro azabache y tan grande como mi cabeza, parpadeaba lentamente en el interior de una cuenca de piel estriada, sobresalía como un testículo del tamaño de una pelota de fútbol.

CHSSSSSSSSSSS

chsssssssss.

Y esto es lo que me dijo:
El día en que dejes de necesitarme me marcharé.

Bájame de aquí, le pedí.

Antes tienes que saludarme.

Bájame. De. Aquí, grazné, y mi orina caliente
fluyó por la curvatura de su ala.

Estás asustado. Solo tienes que saludarme.

Hola.

Hazlo como es debido.

Me eché hacia atrás, resignado, y deseé que mi esposa no estuviera muerta. Deseé no hallarme tendido en el pasillo de casa, aterrado, abrazado por el ala gigante de un pájaro. Deseé no haberme obsesionado con aquella cosa justo cuando se desencadenaba la peor tragedia de mi vida. Todos estos eran anhelos objetivos. Se trataba de una sensación amarga y maravillosa a la vez. Experimentaba cierta claridad.

Hola Cuervo, le dije. Me alegro de conocerte al fin.

*

Y desapareció.

Por vez primera en varios días pude dormir. Soñé con las tardes que habíamos pasado en el bosque.

CUERVO

Muy romántico, cómo nos conocimos. Maleducado, cris
cras, para allá que te vas, un apartamento de dos niveles,
dos dormitorios, un roto en el alambrado, me colé fácil a
través del muro y hacia arriba, hasta la habitación de
arriba, para ver a esos niños que dormían silenciosos
envueltos en pijamas de algodón, el embriagador murmullo
de la inocencia infantil, pelusilla, aleteo, grajeo-pateo-
egreo, todo allí era luto severo, la Mamá muerta sobre
cada superficie, en cada lápiz de cera, tractor, abrigo, botas
de goma, todo cubierto por una película de dolor. Bajé
por las escaleras de la Mamá muerta, tin-tin, tin-tin, el
rumor de unas garras curvadas camino de la habitación
hoy de Papá y hasta hace poco de Mamá y de Papá.
Yo era Herne, el cazador fantasma, pero sin los cuernos,
chitón. Ochavón. Ahí está. Fuera de combate. Blanco
como el cadáver de un borracho. Me incliné sobre él
para olerle el aliento: puercoespín podrido, moscardones.
Le abrí la boca haciendo palanca y le conté los huesos,
picoteé un poco entre los dientes sin cepillar, se los
limpié, sacudí su lengua para aquí, para allá, levanté el
edredón. Le di un beso de esquimal. Le di un beso de
mariposa. Le di un beso de saltaparedes. Sus pelusillas
(reventona mugre entre los dedos de los pies) zorrea el
zurrón tan tristes y hogareñas, hundiéndose, elevándose
suavemente, se hunde, se eleva, a continuación se hunde,
se eleva, a continuación se hunde, rogaba porque su
aliento y su epidermis susurraran «carne, aah, carne, aah,
carne, aah», y me parecía hermoso, elevándose (igual que
yo) a continuación hundiéndose (igual que yo) estrecho

de pecho (igual que yo) resultaba asombroso que mi irrupción bajo las sábanas no lo despertara, podrido-perdido-bien jodido, despierta humano (PLUMAS POR LA RAJA DEL CULO, EN EL OJO DE LA POLLA, EN LA BOCA) pero él dormía y la habitación era un mausoleo. Él era un remanente, los restos, y yo sabía que estos son los mejores, los más divertidos. Coloqué una garra sobre su globo ocular y sopesé la idea de arrancárselo, solo por reírme un rato. Me quité una pluma de la capucha y se la dejé en la frente, enfrente, de frente.

Como regalo, como advertencia, como un eco nocturno a la luz del día.

Como una pequeña pausa en la melancolía. Voy a darte algo en lo que pensar, le susurré. Él despertó y no supo verme, mi cuerpo camuflado en la negrura de su trauma.

craaaaas, grajeó.

craaaaas.

PAPÁ

Hoy he vuelto al trabajo.

Allí, logré concentrarme durante media hora, luego me dediqué a hacer garabatos.

Dibujé la escena de un funeral. Menos los niños, todo el mundo tenía cara de cuervo.

CUERVO

Mira eso, lo he hecho yo, o no, oh no, qué más da. Qué buen libro, cuerpos curiosos, abre la puerta, cierra la puerta, escupe, chupa, levanta, eh, para.

Tierna oportunidad. No importa, cada tarde, al romper el alba, todo cambio, todo carne esto, todo carne aquello, separa lo que ha empezado a apestar. Lo he hecho yo, o no, ooh, asfalto y macadán, comestible, pegajoso, camuflaje horroroso.

Átame al palo mayor o me la follaré hasta que mi matemática haga trizas su triste, triste, triste apariencia. Una mano cercenada, zarzal, una caja de cerillas, una caja de historias, el arco de una meada, mejor no, debo dejar de temblar, debo quedarme quieto, quieto palo, mástil palo.

Confía en mí, ¿vale? ¿Acaso no fui yo quien guio a san

Vicente Mártir hasta Lisboa? Buen viaje, un poco de hígado, snif, snif, suavizante para la ropa, cuero, pasamanos fundidos para bombas, balas. ¿Acaso no cargué con la arpía a través del río? No te engaño, no lo hice. Canta una canción mirlo automático que te follen, cobarde, guarro, mariquita, es broma, cric, es broma, crec, es broma. Paciencia.

Podría sentarlo y largarle la historia entera, verdadera, las largas horas que tardó su mujer en morir. OTROS PÁJAROS LO HUBIERAN HECHO, ni bueno ni malo, es así. Vale, vamos allá.

Creo firmemente en el método terapéutico.

NIÑOS

Éramos críos que jugaban con sus coches de control remoto y sus colecciones de sellos de tinta y sabíamos que algo había sucedido. Sabíamos que no nos daban respuestas sinceras a la pregunta «¿Dónde está Mamá?» y sabíamos, antes incluso de que Papá nos condujera a la habitación y nos hiciera subir a la cama, antes de que se sentara entre nosotros, que algo había cambiado. Intuíamos y comprendíamos que llegaba una vida nueva y que Papá iba a ser un tipo de padre diferente y que nosotros seríamos niños diferentes, éramos niños nuevos y valientes, niños sin Madre. Así que, cuando nos contó lo sucedido, no sé qué pensó mi hermano, pero yo pensé lo siguiente:

¿Dónde están los coches de bomberos? ¿Dónde el ruido y el vocerío propios de un episodio como este? ¿Dónde están los extraños que deberían pararse a ayudar, a gritar, a lanzarnos algún equipo de emergencia reflectante con el que tranquilizarnos y salvarnos?

Deberíamos ver a hombres hablando bajo sus cascos el nuevo y dramático idioma de esta crisis. Debería haber un nivel de ruido espantoso, del todo ajeno e insólito para nuestro confortable piso de Londres.

Pero no había multitudes y no había extraños de

uniforme y no había ningún idioma nuevo para aquella crisis. Íbamos siempre en pijama y la gente venía a visitarnos y nos hacían regalos.

Las vacaciones y la escuela se convirtieron en una misma cosa.

CUERVO

En otras versiones ejerzo de médico o de fantasma. Somos mecanismos perfectos: los médicos, los fantasmas y los cuervos. Podemos hacer cosas que no se hallan al alcance de otros personajes, como tragarnos el dolor, abortar secretos y mantener teatrales batallas con Dios y con el lenguaje. Yo era amigo, excusa, deus ex machina, broma, síntoma, producto de la imaginación, espectro, soporte, juguete, fantasma, chiste, psicoanalista y niñera.

Era, en definitiva, «el pájaro primordial… en cada uno de los extremos». Soy una plantilla. Yo lo sé, él lo sabe. Un mito en el que adentrarse. Un mito con el que equivocarse.

Inevitablemente, debo defender mis actos, porque mis actos son sentimentales. No te sabes tus relatos fundacionales, tu realidad biológica (un accidente), tus muertes (picaduras de mosquito, por lo general), tus vidas (negación, alegremente). No soy partidario de discutir el absurdo con ninguno de vosotros, los que nos habéis estado persiguiendo desde el principio de los tiempos. ¿Qué bien puede hacerle un cuervo a una manada de seres humanos afligidos? Una piña. Un latido.

Una llaga.

Un tapón.

Un jadeo.

Una carga.

Una grieta.

Sí, así es. Devoro crías de conejo, saqueo nidos ajenos, me trago cualquier porquería, desafío a la muerte, me burlo del pordiosero hambriento, doy mal las direcciones, doy mal cualquier tipo de información que se me solicite. ¡Oye, qué más da! Una maldita carretada de tiempo echado a perder.

Pero ellos me importan, profundamente. Es en su época de duelo cuando los humanos dejan de aburrirme. Hay muy pocos que me interesen (¡interesarme a mí!, ¡JA!) en la salud, en el desastre, en la hambruna, en la atrocidad, en el esplendor o en la normalidad, pero me atraen los niños sin Madre. Los niños sin Madre son puro cuervo. Siendo un pájaro sentimental, cómo no asaltar un nido así: maduro, suculento, delicioso…

PAPÁ

La he dibujado desmantelada, sus costillas abiertas y extendidas como un xilofón, mientras los pájaros muertos interpretaban melodías con sus huesos.

CUERVO

He escrito cientos de autobiografías. Es algo imprescindible en lo que respecta a personajes tan importantes como yo. Creo que «imperativo» es la palabra.

Érase una vez una boda de sangre en la que el cuervo hijo se enfadó porque su madre iba a casarse de nuevo. Así que huyó y voló en busca del padre, pero no encontró más que carroña. Se hizo amigo de granjeros (guiaba a otras aves hacia el punto de mira de sus armas), de científicos (utilizaba herramientas y realizaba trucos que no se hallaban siquiera al alcance de los chimpancés) y de un poeta o dos. En numerosas ocasiones creyó haber dado con los huesos de su padre, así que lloró y les gritó a los odiosos azores «aquí yacen, grises, los huesos de mi encapuchado padre», pero cada una de esas veces, cuando miraba con más atención, descubría que se trataba del cadáver de otro córvido. Por ello, cansado del estilo de vida propio de las fábulas, hastiado de su fama como augur, dio un salto y voló y se arrastró de regreso a casa. Allí, el festín nupcial se hallaba en su apogeo, y vio que el anciano cuervo gris que se apareaba con su madre sobre la montaña de basura al pie de las escaleras no era otro que su padre. El cuervo hijo proclamó entonces su dolor y su confusión en presencia de tan ayuntados progenitores. El padre se rio. CLOC. CLOC. CLOC.
Tu vida ha sido larga y te has comportado como un cuervo de tomo y lomo, pero sigues sin saber aceptar una broma.

PAPÁ

Suave.

Ligero.

Como la luz, como el pie de un bebé que espolvoreas con talco y al que le das un beso, como la caricia del reverso de la piel de ante, como el polvo, como un cosquilleo, como una promesa, como una maldición, como las semillas, como todo lo sembrado, trenzado, vinculado o marcado, como todo lo que alumbra la naturaleza y es violento y es calmo.

Todo ello ha desaparecido por completo. He perdido la paciencia.

NIÑOS

Mi hermano y yo descubrimos un pececillo en un charco entre las rocas, no recuerdo dónde. Nos dio por matarlo. Primero le tiramos unos guijarros, pero el pez era muy rápido. Luego probamos con piedras más grandes y con cantos rodados, pero el pez se escondía en los rincones, en las grietas de la roca, o salía disparado. Nosotros éramos humanos y el pez era tan solo un pez, así que trazamos un plan para acabar con él. Fuimos llenando el charco con piedras, cerrándole el paso y limitando sus movimientos a un área cada vez menor. Pronto lo tuvimos dando vueltas lentas y tristes en su diminuto charco convertido en cárcel y escogimos una piedra del tamaño perfecto. Mi hermano la elevó por encima de la cabeza y la lanzó y la hizo golpear roca contra roca bajo el agua y la levantamos entusiasmados. Como era de esperar, el pez estaba muerto. Toda la diversión se esfumó en aquella gran playa vacía. Sentí náuseas y mi hermano soltó una palabrota. Sugirió que tiráramos los restos del pececillo al mar pero no me atreví a tocarlo así que corrimos de vuelta a la playa y Papá, sin levantar la vista de su libro, nos dijo «habéis hecho algo malo, lo sé».

PAPÁ

No volveremos a pelearnos nunca más, no volverán aquellas discusiones adorables, rápidas, de manual. Las trifulcas que ella y yo bordábamos delicadamente.

La casa se ha convertido en una enciclopedia física de lo que ya no le pertenece, circunstancia que aturde y nos aturde y establece la principal diferencia entre nuestro hogar y lo que sería un hogar azotado por la enfermedad. En su último día sobre la faz de la Tierra, el enfermo no deja una nota pegada a la botella de vino tinto donde avisa «NI SE TE OCURRA, CABRONCETE». La muerte no llegó a distraernos, no han quedado residuos de los cuidados que ella habría podido requerir, lo que la entretenía era la vida misma y de repente dejó de estar aquí.

Lo que ya no utilizará más (maquillaje, cúrcuma, cepillo para el pelo, diccionario de sinónimos).

Lo que ya nunca terminará (novela de Patricia Highsmith, mantequilla de cacahuete, protector labial).

Y ya no podré comprarle títulos de la colección de clásicos de lomo verde de Virago en cada uno de sus cumpleaños.

Dejaré de encontrarme cabellos suyos por la casa.

Dejaré de oír su respiración.

NIÑOS

Encontramos un pez en una charca e intentamos matarlo pero la charca era demasiado grande y el pez era demasiado veloz así que lo atrapamos y lo aplastamos. Más adelante, mi hermano se pasó siglos haciendo dibujos del charco, del pez, de nosotros dos. Diagramas en los que explicaba nuestras elecciones. Mi hermano siempre usa esquemas para explicar lo que hacemos, pero no son científicos, son apenas bocetos. A mi hermano le gusta hacer diagramas mal perfilados pese a que en realidad sabe dibujar bastante bien.

CUERVO

La cabeza baja, pasos cortos, sin rumbo.
La cabeza baja, salto, doy tumbos.
Miro hacia arriba. «UN GRAJEO CHILLÓN,
INDIGNADO, CON TOQUES DE GRAAA»
(*Guía de aves Collins,* p. 45).
La cabeza baja, tapón, alfarero.
La cabeza baja, limpiador, gorreo.
Él podría aprender mucho de mí.
Y por eso estoy aquí.

PAPÁ

En el cuervo se establece un diálogo constante y fascinante entre el yo salvaje y el yo civilizado, entre el carroñero y el filósofo, entre la diosa del ser total y la mancha negra, entre Cuervo y su carácter de ave. Diría que se trata de la misma dialéctica existente entre el luto y la vida, el entonces y el ahora. Podría aprender mucho de él.

NIÑOS

Papá ha salido. Cuervo está en el lavabo. Suele encerrarse en él porque le gusta su acústica. Estamos agachados junto a la puerta cerrada, escuchando lo que dice. Habla muy lentamente, con mucha claridad. Su voz suena antigua, como en ese disco que tiene Papá de una grabación de Dylan Thomas. Dice SÚBITO. Dice TRAUMA. Dice Inducido… tose, escupe algo y lo vuelve a intentar, INDUCIDO. Dice SÚBITO TRAUMA INDUCIDO ALTERACIÓN DEL ESTADO DE ALARMA.

Papá vuelve a casa. Cuervo cambia de canción.

CUERVO

Me estoy quedando idiota, asco y angustia. Hola félix, crip crap crip crap, ¿quién es ese lazaroso que se ha zampado mis habichuelas? Déjame que espabile aletee tortillera follador tapa uno tapa dos, niños huérfanos en la trampa, en el ábside, por separado a la hora de hervir. ¡Ooh, la presión! Más práctica, menos tacos. La nobleza de la naturaleza, ja ja cras ja ja joder ja ja, mejor que no.

(Interpreto esta parodia de cuervo solo para él. Tengo la sensación de que se siente como un chamán de Stonehenge en contacto con su espíritu alado. Si a él le ayuda a salir adelante, por mí ya está bien).

¡Megalito!

SEGUNDA PARTE

LA DEFENSA DEL NIDO

PAPÁ

Catorce meses para entregarle a Parenthesis Press el libro *El «Cuervo» de Ted Hughes en el diván: un análisis salvaje.*

Tengo en Manchester a un editor desgarbado que me envía mensajes de aliento y que me asegura que entendería a la perfección, dadas las actuales circunstancias, que escribir este libro fuera demasiado para mí. Hemos acordado que la obra sea un reflejo de su protagonista. Y a partir de ahí irá dando saltos, me temo. En Parenthesis esperan que sea del interés de los lectores que se hayan cansado ya de practicar arqueología con los restos de Ted y de Sylvia. Acordamos que el libro no tratará sobre su relación. Pero no hemos llegado a hablar sobre de qué debería tratar en su lugar.

Cada vez que me siento a repasar las notas del libro, Cuervo se planta en mi oficina. A veces se despatarra en el suelo, recostado sobre una de sus alas («¡Mira! ¡Soy la Venus de Corvino!»); a veces, apoyado pacientemente sobre mi hombro, se dedica a darme consejos («¿De veras crees que estás siendo justo con Baskin?»). Pero la mayor parte del tiempo se contenta con hacerse un ovillo sobre el sillón para leer entre resoplidos. Chasquea la lengua y suspira mientras hojea libros ilustrados y colecciones de poesía. No encuentra el momento de darse a las novelas. Y solo se acerca a los libros de historia para catalogar a los prohombres de gilipollas y maldecir a la Iglesia. Pero disfruta con las autobiografías y le encantó dar con el libro de la escocesa que adoptó un grajo.

CUERVO

Érase una vez un pájaro que ejercía de niñera, vamos a llamarlo Cuervo. Este había leído demasiados cuentos de hadas rusos (el niño vago arde, la Baba Yaga aúlla, el buen príncipe triunfa), pero aun así era un guardián autorizado y acreditado, de lo más admirado por los padres londinenses, tremendamente solicitado cuando llegaba la noche del viernes. En el anuncio que había publicado en la prensa se podía leer:

> «¡Al Valle de los Pañales y Más Allá!».

La tele se estropeó y Cuervo propuso que jugaran a algo. «Chicos –les dijo–, quiero que cada uno de vosotros construya aquí, en el suelo, una maqueta de vuestra madre. ¡Que sea tal y como la recordáis! Ganará el que construya la mejor maqueta. No la más realista, ojo: la mejor, la que más se acerque a la verdad. Y el premio será el siguiente… –prosiguió el Cuervo mientras acariciaba las cabezas recién lavadas de los críos–: daré vida a la mejor maqueta, quien gane tendrá una madre viva para que lo arrope cuando se vaya a dormir».

Los niños pusieron manos a la obra.

El primer hijo optó por un dibujo, se concentró en él con furia, como un pintor enano de frescos que se arrastrara a cuatro patas por un andamio. Treinta y siete hojas de papel tamaño DIN A4 pegadas entre sí y todos los colores del arcoíris en ceras, lápices y rotuladores, mientras

se mordía el labio inferior. Resoplaba por la nariz y perfilaba los ojos, los borraba, volvía a comenzar e iba descendiendo, satisfecho con cómo le habían quedado las manos, satisfecho con cómo le habían quedado las piernas.

El segundo hijo optó por un montaje, una maqueta de la mujer hecha con cubiertos, lazos, papeles, juguetes, botones y libros que fue ajustando con gesto maniático, levantándose de golpe y tirándose otra vez al suelo, como un mecánico en el box de un gran premio de Fórmula 1. Se movía alrededor de la madre-mosaico entre clics y chasquidos de la lengua, satisfecho con cómo le había quedado la cara, satisfecho con cómo le habían quedado las piernas. «¡Tiempo!», dijo el cuervo.

«Ambos son extraordinarios –comentó observando los resultados–. Tú has capturado su sonrisa, tú has reproducido su postura a la perfección. ¡Se encogía de hombros exactamente así!».

Los niños estaban ansiosos por saber quién había ganado. «¿Cuál de las dos? ¿Cuál de las dos madres?». Pero Cuervo se puso a dar saltitos evitando sus miradas, conteniendo la risa y dándoles la espalda.

«Cuervo, ¿cuál de estas madres falsas nos permitirá volver a tener una madre de verdad?».

Y Cuervo se quedó quieto, dejó de reírse.

«Cuervo, no juegues con nosotros, danos a nuestra mamá». Y Cuervo se echó a llorar.

Así que los niños metieron a Cuervo en un horno muy caliente y lo cocinaron hasta que de él no quedaron más que células.

Hasta aquí, la pesadilla de Cuervo.

NIÑOS

¿Sí?, dijo ella antes de estar muerta.
¡No queremos bañarnos, tenemos el culo limpio!
Los dos nos habíamos bañado la noche anterior.
Está bien, dijo ella. A la cama, que voy a contaros
un cuento.

¿Sí?, dijo ella antes de estar muerta.
¡No queremos bañarnos, tenemos el culo limpio!
Los dos nos habíamos bañado la noche anterior.
Bueno, dijo ella, si no hay baño no hay cuento.

Vosotros decidís.

PAPÁ

Llenaremos esta casa de libros y la llenaremos de juguetes y lloraremos como niños abandonados en el parque.

Me negaba a perder una esposa y ganar en volumen de tareas diarias, así que acepté la ayuda que me ofrecían. Mi hermano se portó de fábula, *dame de comer, déjame gritar,* con los niños, con el banco, con la oficina de Correos, la escuela, los médicos y nuestros padres. Los padres de ella se mostraron amables con el servicio fúnebre, con el dinero, con su propia gente, *dadme espacio, dadme tiempo, dadme una percepción de ella, dejad que me disculpe, dejad que encuentre un camino más allá de la simple furia.* Sus amigos, las familias de ambos, se comportaron con la noticia y con los detalles, con sus pertenencias, ella se hubiera sentido orgullosa, lo hicieron bien, esbozaron una hoja de ruta y la fueron adaptando a nuestras necesidades sin caer jamás en el lugar común.

NIÑOS

Poco después, nuestra abuela se estaba muriendo. Nos dijeron que podíamos ir a verla, así que allí nos fuimos. La moqueta era gruesa y suave e íbamos descalzos. Tenía un tanque de oxígeno con ruedecitas. Nos pusimos uno a cada lado de la cama y le tomamos la mano. La que me tocó a mí estaba arrugada y era suave y sorprendentemente cálida. Dijo que tenía cosas que contarnos, si es que estábamos preparados para oírlas. Contestamos que estábamos preparados. Yo nací preparado, yaya, dijo mi hermano, y me pareció que aquello estaba fuera de lugar, pero ella contestó «Sí, naciste preparado, cariño».

Nos dijo que los hombres rara vez son amables de verdad, pero que a menudo resultan graciosos, lo cual es mejor. «Haríais bien en prepararos para sufrir decepciones –dijo– cuando tratéis con otros hombres. Las mujeres son por lo general más fuertes, a menudo más listas –dijo–, pero menos graciosas, lo cual es una lástima. Tened hijos si podéis –dijo–, porque se os dará bien. Podéis quedaros con todo lo que encontréis en la casa. Quiero daros todo lo que tengo porque sois los niños más hermosos y preciosos del mundo. Me hacéis pensar en todo aquello por lo que alguna vez me he sentido interesada», dijo.

«¿Os molesta cómo suena mi respiración?».

No, contestamos, está bien.

«Si os quedáis con los cigarrillos del armarito de la cocina –dijo–, algún día respiraréis igual que yo. Las margaritas que crezcan sobre mi tumba echarán sus caladas y respirarán así de mal, acordaos de lo que os digo».

Nos quedamos a su lado mientras dormía y una mujer alta que llevaba un ceñido uniforme blanco le cambiaba las sábanas.

PAPÁ

A un lado de la carretera había una cría de zorro muerta, tenía los ojos abiertos y el hielo la había pegado a la hierba, parecía más un aborto que un animal atropellado por algún vehículo.

Podía llevarla en bici hasta Heptonstall o dejarla en la cocina de casa, para que mis hijos vieran cómo se descongelaba. Estoy obsesionado.

Recuerdo la noche en que volví a casa y le conté que había terminado el planteamiento previo del libro, y ella dijo «Que Dios nos ayude», y bebimos prosecco y añadió que podía abrir mi regalo de cumpleaños antes de tiempo. Era el cuervo de plástico. Hicimos el amor y besé sus omóplatos y le recordé la historia de cómo mis padres me habían mentido al asegurarme que a los niños podían crecerles las alas y ella dijo «Yo no tengo figura de pájaro».

Nos hallábamos justa, exactamente en medio de todo, a años de distancia de cualquier final, no dábamos nada por sentado.

Quiero volver a estar ahí. De nuevo, una y otra y otra vez. Quiero que me abracen, tal y como yo quise abrazar. Yo era ese cuervo de plástico.

Hicimos el amor. La historia de las alas. Yo no tengo figura de pájaro.

De nuevo.

Las alas.

El amor.

Figura de pájaro.

De nuevo. Por favor, todo eso de nuevo.

NIÑOS

Solíamos jugar a un juego llamado Boom Sónico. Volábamos tan rápido como podíamos por un bosque de pinos, como balas entre la multitud, y competíamos para ver quién giraba el último antes de chocar contra un árbol. Volábamos tan rápido como podíamos por el bosque de pinos y entonces girábamos, nos apartábamos a milímetros del árbol, chillábamos ¡BOOM Sónico! como una plegaria. Una vez quise burlarme de mi hermano. Lo desafié a que voláramos contra el árbol sin mirar, volviendo la cabeza, hasta estamparnos contra él. Yo fui el primero y volé rápido y sin dudar directamente hacia el árbol y en el último momento BOOM Sónico viró bruscamente y mi ala golpeó el tronco del árbol, chof, y caí en barrena contra el bosque (como una bala, sin mirar, volviendo la cabeza). Mi hermano voló muy bajo y muy rápido y nunca llegó a girar, chof, una rama afilada le atravesó el cuello y se quedó allí colgado, graznando «sónico. sónico. sónico». Esto es cierto solo en parte.

PAPÁ

Jugaban a ser pájaros, jugaban a ser leones. Pasaron por varias fases diferentes: dinosaurios, camiones, los Thundercats, kung fu, mentiras, deportes.

Había una separación extremadamente pequeña entre sus mundos real e imaginario, y la gente lo comentaba en términos de mecanismo de defensa, de infancia normal, de tiempo. Muchos eran los que nos decían «Necesitáis tiempo», cuando lo que de veras necesitábamos era jabón de lavar la ropa, champú antipiojos, cromos de fútbol, pilas, arcos, flechas, arcos, flechas.

Había una separación extremadamente pequeña entre mis mundos real e imaginario, y la gente lo comentaba en términos de no sobrecargarme de trabajo, de período de recuperación, de obsesiones saludables. Muchos eran los que me decían «Necesitas tiempo», cuando lo que de veras necesitaba era a Shakespeare, a Ibn Arabi, a Shostakóvich, a Howlin' Wolf.

Recuerdo que no se acabaron el té y que picoteé entre las barritas de pescado rebozado a medio comer, los guisantes fríos y los pegotes de kétchup coagulado.

Recuerdo que les dije «¡Pienso tirar todos vuestros juguetes a la basura!» y que ellos se rieron.

Recuerdo el miedo que me atenazaba, la sensación de que algo tenía que torcerse indefectiblemente, si éramos

así de felices, ella y yo, al principio de nuestra relación, cuando el amor se adaptaba al contorno de nuestras existencias del mismo modo en que la masa del pastel se cierne sobre las esquinas del molde al inflarse en el interior del horno.

Recuerdo mi primera cita, a los quince años, con una chica llamada Hilary Gidding. Recuerdo que se nos cayó una moneda en el cine y que los dos metimos la mano en el mullido hueco entre nuestros asientos y que, tras sortear palomitas de maíz y viejas entradas grasientas, mientras reseguíamos el tapizado en busca de la moneda, nuestras manos se encontraron, y recuerdo que fue eléctrico. El suave relleno de la butaca ciñendo la muñeca, la oscuridad, el carácter accidental del momento, la adorable suciedad de los espacios públicos.

NIÑOS

Papá y Cuervo se estaban peleando en el salón. con la puerta cerrada. Había un zumbido grave cávera escrá, un crascitar, cávera escrá y Papá diciendo Para ya, Para ya, un crascitar, un crascitar, y expectoraciones, arcadas, escupitajos, palabrotas, gruñidos, aullidos, sollozos, una extraña amalgama de sonidos paternos resquebrajados y violentos cantos de pájaro, y golpes y chillidos y cosas que se rompían con violencia.

Cuervo emergió aturdido, con los ojos muy abiertos. Cerró cuidadosamente la puerta a sus espaldas y se sentó con nosotros a la mesa de la cocina.

Nos dedicamos a colorear dibujos de animales con los rotuladores y Cuervo no dejaba de salirse de la raya.

PAPÁ

La recuerdo empujando cuando le ordenaron que lo hiciera, la comadrona jamaicana le dijo «Empuja, chica, has de empujar que te cagas». Ella contestó «No quiero cagarme encima» y yo me reí y le dije «Demasiado tarde». Entonces apareció el primer hijo, cubierto por una crema de olor extraño, hambriento y diminuto.

La recuerdo empujando cuando le ordenaron que lo hiciera, la comadrona escocesa dijo «Por todos los santos, ya veo la cabeza». Ella contestó «Duele, joder, joder-joder-joder, duele» y hubo un llanto y entonces apareció el segundo hijo, morado, gritón y maleable.

Ella es la señora Laocoonte, que está de pie en la arena con los brazos cruzados y dice «Mira a esos dichosos niños», mientras nosotros nos encontramos en el mar, a quince metros de la orilla, despedazados por la tristeza.

NIÑOS

A veces decimos la verdad. Es nuestra manera
de ser buenos con Papá.

PAPÁ

Introducción: La pesadilla de Cuervo echo de menos a
mi mujer
Cap. 1. Los peligros de la magia echo de menos a mi mujer
Cap. 2. Reino de silencio echo de menos a mi mujer
Cap. 3. El bromista indestructible echo de menos a mi mujer
Cap. 4. Un desastre afrodisiaco echo de menos a mi mujer
Cap. 5. Una comedia trágica echo de menos a mi mujer
Cap. 6. El niño (Dios) en el lago echo de menos a mi mujer
Cap. 7. La canción echo de menos a mi mujer
Conclusiones: Recuperación y desarrollo posterior echo
de menos a mi mujer

CUERVO

Érase una vez dos hombres de tamaño adulto que eran hermanos entre sí. Estaban hermanados.

El mayor tenía agujereadas las suelas de las botas. Tras haber caminado apenas unos ochocientos metros desde que salieran del pueblo al pie de Windmill Hill, tenía ya los calcetines empapados, los sentía chapotear dentro de la bota, así que sugirió dar marcha atrás para ir en busca de un calzado mejor, pero el hermano menor continuó caminando.

–Solo hay otro par, son mis botas viejas y te quedarán pequeñas.

–Es cierto.

–Mis botas de repuesto están en mejores condiciones que tu único par.

Subieron trabajosamente por la colina, sortearon finos escalones de tiza como el nadador que en su recorrido atraviesa la rompiente de la ola, y cuando alcanzaron la cima se detuvieron para mirar hacia el pueblo, pulcramente asentado allá abajo, como si el valle lo protegiera en el hueco de la mano.

–Vas a tener problemas con esas botas de mierda, hermano. En algún momento atravesaremos terrenos con piedras afiladas o pisarás alguna rama llena de espinas.

–Supongo que en algún momento podría pasar algo así, en efecto.

–Pues entonces tendrás problemas, solo digo eso.

El hermano menor carraspeó para escupir una pelota de ocre mucosidad contra la puerta del molino y maldijo a su dueño. El hermano mayor se rio.

Se dieron prisa por volver a través del bosque desmochado que cerraba el extremo más lejano de Windmill Hill. Un techo de retales radiantes colgaba suspendido sobre sus cabezas y la oscuridad del suelo mostraba por doquier las heridas que le infligía la luz.

Un ciervo rojo salió de entre los acebos y el hermano mayor susurró «Hola, amigo».

El otro hermano imitó con la mano la forma de una pistola y gritó «PUMBA» y un faisán se sobresaltó y salió volando hacia el verde neón con una especie de risotada.

Preguntas de comprensión lectora:

- ¿Crees que los hermanos de este fragmento han sido retratados de forma realista?
- El entorno rural donde transcurre la historia ¿ha influido de algún modo en tu empatía hacia los personajes?
- Siendo las botas una metáfora sobre la capacidad de lidiar con el duelo, ¿quién crees que ha fallecido?
- Redacta el siguiente párrafo del relato centrándote en estos temas: la relación entre hombre y naturaleza, las botas, los hermanos y la revolución rusa.

NIÑOS

La mataron a golpes, o eso les conté una vez a
unos chavales en una fiesta.
Oh mierda colega, contestaron.
Miento acerca del modo en que te moriste,
le susurré a Mamá.
Yo haría lo mismo, me susurró ella también.

PAPÁ

Recuerdo la ocasión en que fingió disfrutar con una
entrega de premios por televisión solo para sorprenderme,
pero a partir de entonces yo comencé a informarle de
que ese día retransmitían tal o cual ceremonia y acabábamos
tragándonosla. Vámonos a la cama, me dijo una vez, ni
siquiera sabemos quién es toda esta gente.

Son triunfadores, le contesté. Hasta el último de estos
apestosos, feos y vacuos hijos de perra es un triunfador.

Y nos fuimos a la cama.

Hay días en que me doy cuenta de que he comenzado a
olvidar detalles esenciales, así que corro escaleras arriba, o
corro escaleras abajo, o voy a dondequiera que estén y les
digo «Debéis saber que vuestra madre era divertidísima,
y una persona excelente. Era mi mejor amiga. Podía
comportarse de forma tan sarcástica y cariñosa…» y

entonces me quedo sin energías porque esas palabras suenan en realidad groseras y descuidadas, y ellos asienten y me dicen «Ya lo sabemos, Papá, lo recordamos».

«Ella diría que soy un sentimental».

«Eres un sentimental».

Me hacen sitio a su lado, en el sofá, y el dolor que experimento al ver que son tan naturalmente bondadosos es como el de una apendicitis. Necesito doblarme sobre mí mismo y abrazarme porque son dueños de esa bondad y no hacen más que recargarla y reverdecerla sin que yo contribuya a ella en lo más mínimo.

CUERVO

Piensa en los tres en conjunto, antes de que procedamos con un examen más detallado de cada uno. A es a B lo que C es a A más B menos C. Estupendo. Míralos de nuevo, así, de lado a lado. Ahora, de izquierda a derecha. Bien. Ahora, de derecha a izquierda. Bien. Ahora ve recorriéndolos en un Uno Dos Tres. Ahora obsérvalos a todos juntos. De nuevo, Uno Dos Tres. Observa. Muy bien, allá vamos:

A la izquierda tenemos al Padre. Su imagen ocupa la posición funcional del iniciador, la pregunta, aquello a lo que me gusta referirme como un «George Dyer en el cagadero», el flanco izquierdo, el empujoncito, el anuncio didáctico, la iglesia vacía, el escalón hacia la tortura, el jurado del dolor, el músculo.

En el centro, un servidor. Una mancha de plumaje negro y hedor a muerte. ¡Tachán! Me refiero al núcleo podrido, el Grünewald, los clavos en las manos, la aguja en el brazo, el trauma, la bomba, aquello tras lo que no existe la posibilidad de seguir escribiendo poesía, la puerta cerrada de golpe, el *in principio erat verbum.* Todo muy por mis cojones. Todo muy deporte sangriento. Todo muy histórico, de universidad.

Pero no dejes de mirar. El tríptico aboca precisamente a la continuidad. De eso va la cultura. A la derecha tenemos a los niños. Se trata de dos formas pero de un único perfil, podría ser hembra y podría ser macho, apenas llegamos a

distinguir sus cuatro pequeñas piernas y sus cuatro pequeños brazos (¡el ternero recién nacido del tercer panel!) y sus pequeñas caritas llenas de esperanza. Y el sentido nos llega de golpe a través de los paneles anteriores, esto es pura matemática, esto es lógica antiquísima, es la naturaleza. Es aquello a lo que me gusta referirme como el despegue, el estilo tardío, el viaje de diez años de vuelta a casa, la flecha que atraviesa el ojo, la fuga. Todo muy puesta de sol. Todo muy bardo. Todo muy conmovedor.

NIÑOS

Mamá solía enfadarse cuando dejábamos el espejo lleno de salpicaduras de pasta de dientes.

Durante algunos años salpicamos y escupimos y nos cepillamos de más y el espejo se convirtió en un caos de manchas blancas que nos llenaba de placer culpable.

Un día, Papá limpió el espejo y convinimos en que se veía de fábula.

Dejamos pasar varias cosas más. Meábamos sobre el asiento. Nunca cerrábamos los cajones. Y todo eso lo hacíamos para poder echarla de menos, para seguir queriéndola.

PAPÁ

Aceite, cuando lo miras más de cerca barro, cuando lo miras más de cerca arena, cuando le echas un trago cieno que se va transfigurando en seda.

La echaba tanto en falta que deseaba erigir con mis propias manos un monumento en su memoria de treinta metros de altura. Deseaba verla descansando en un amplio asiento de piedra, disfrutando de las vistas de Hyde Park. Todo aquel que pasara por allí comprendería de inmediato la intensidad con que la echaba de menos, cuán física era mi añoranza. La echo tanto en falta que su ausencia es un príncipe dorado de tamaño colosal, una sala de conciertos, un millar de árboles, un lago, nueve mil autobuses, un millón de coches, veinte millones de aves y más. La ciudad al completo es mi añoranza de ella.

Puaj, dijo Cuervo, pareces uno de esos imanes de nevera.

NIÑOS

Descubro veredas de hierba aplastada, quizá haya sido mi hermano, así que susurro «¿Estás ahí?» y al pasar los adultos nos ven, a un metro el uno del otro, pero habitamos catedrales vastas, infinitas.

Cuervo se ríe. «¡Estoy aquí, no me veis, soy veeeerde!».

PAPÁ

Le dije a mi mejor amigo: A ella le habría molestado que nos quedáramos un día más por el partido de fútbol de fin de trimestre, porque de ese modo nos tendremos que tragar todo el tráfico de la operación salida. Mi amigo contestó: Tienes que dejar de pensar de ese modo, metiéndola en todo. Una cosa es el luto, y otra, obsesionarse inútilmente.

Pero yo ya me había obsesionado inútilmente con ella desde antes, le digo. ¿Estás viendo a alguien?, me replica, ¿alguien con quien puedas tratar el tema?
Sí, le digo.
¿Es un buen profesional?
Muy bueno.

Estuve a punto de soltar una carcajada al imaginarme a Cuervo en un despacho, a Cuervo echándole un ojo a las

facturas, a Cuervo como recomendación del médico de cabecera, o disponible a través de la seguridad social. A Cuervo reflexionando sobre Winnicott mientras niega con la cabeza, pero aceptando a Klein a regañadientes.

Sí, le dije a mi mejor amigo, no tienes por qué preocuparte. Estoy recibiendo ayuda.

NIÑOS

Por la época en que murió Mamá pasó un huracán que tumbó un montón de árboles. En el hayedo junto a la casa de la abuela había muchísimos árboles a medio caer, apoyados en diagonal sobre los que permanecían en pie.

Trepaba y trepaba hasta que mi peso hacía que el tronco doblado cediera y yo caía con él. A veces era sobre una suave y mullida cuna de vegetación, a veces sobre un nido de ramas afiladas. Mi hermano solía gritar ¡HOMBRE MUERTO!

No consigo recordar si este juego fue idea de mi hermano o de Cuervo.

Al atardecer, Papá vino a buscarnos al bosque y me dijo «Te has hecho sangre. Me cago en la hostia, tienes sangre por todas partes». El frío me había dejado entumecido y los rasguños me hacían cosquillas y Papá le dijo a mi hermano que debía reflexionar seriamente sobre su comportamiento.

CUERVO

Esta es una historia real:

Érase una vez un demonio que se alimentaba del luto de otros. Un día, a través de las puertas y ventanas de la triste casa de un viudo, le llegó un delicioso aroma que era mezcla de puro shock y pérdida inesperada.

Fue así como el demonio se puso a buscar la forma de entrar en aquel hogar.

Una tarde, las criaturas se acababan de bañar y el marido les estaba leyendo un cuento cuando alguien llamó a la puerta.

Toc-toc-toc. «Abra, abra por favor, soy yo, el del número 56. Soy… Keith, Keith Coleridge. Necesito un poco de leche».

Pero el padre, prudente él, sabía que no había ningún número 56 en aquella pequeña y silenciosa calle, así que no abrió la puerta.

A la noche siguiente, el demonio volvió a intentarlo.

Toc-toc-toc. «Abra, abra por favor, soy de la editorial Parenthesis. Soy Paul, Paul… Graves. Me he enterado de la noticia. Me rompe el corazón haber tardado tanto en venir. Traigo una pizza y juguetes para los niños».

Pero el padre, atento él, sabía que en Parenthesis había un

Pete y que en Parenthesis había un Phil, pero sobre todo sabía que en Parenthesis nunca había habido un Paul, así que no abrió la puerta.

A la noche siguiente, el demonio corrió hacia la puerta graznando y lanzando fogonazos azules.

Toc-toc-toc. PAM. PAM. «¡Abra! ¡Es la policía! ¡Sabemos que está ahí dentro, es una emergencia, tiene cinco segundos para abrir la puerta o la tiramos abajo!».

Pero el afligido hombre, cosmopolita él, sabía lo suficiente sobre cómo funciona la ley y se olió la mentira.

El demonio se alejó para pensar qué más podía hacer. Era un ser despreciable hasta niveles de prensa amarilla, así que ideó un plan de lo más retorcido.

Toc-toc-toc. Toc. Toc. «Niños… soy yo, vuestra madre. Cariño, ¿estás ahí? Niños, abrid la puerta, soy yo. He vuelto. Mi amor, niños, dejadme entrar».

Y los niños se quitaron los edredones de encima, dejaron caer sus piernecitas por el lateral del colchón y se precipitaron escaleras abajo. El anhelo inundó las cámaras de sus perplejos corazones infantiles y los hizo estremecer mientras corrían hacia el antes, el antes, el antes de que pasara todo aquello. El padre, embriagado por la voz de su amada, corrió también tras ellos. El sonido de la voz de ella le hería, era como si un arrebato de hambre lunar explotara en cada uno de los poros de su cuerpo desesperado, desollado, vacío. Era una sensación funesta, deliciosamente funesta.

«¡Ya vamos, Mamá!».

Pero su amigo y su huésped, que era un cuervo, los detuvo antes de que llegaran a la puerta.

Queridos míos, les dijo.

Queridos y apenados míos. No es ella. Volved a la cama y dejad que yo me ocupe de esto. No es ella.

Los niños escoltaron escaleras arriba a su padre, arrugado como el papel crepé. Sostuvieron su cuerpo ingrávido por un brazo cada uno, lo condujeron hasta la cama y lo arroparon. Entonces se sentaron en el alféizar de la ventana y miraron hacia fuera para ver lo que pasaba, y lo que pasaba les gustó mucho porque los niños son niños.

Cuervo salió a la calle, sonrió, olfateó el aire, asintió a modo de saludo y de una patada cerró la puerta a sus espaldas. Entonces, Cuervo le enseñó al demonio lo que sucede cuando uno de los de su especie se ve obligado a repeler a un intruso, especialmente si hay polluelos en el nido:

Un sonoro CROC, un salto, un golpecito contra el suelo, unos pasos de baile a modo de distracción, un GRAZNIDO, un giro y hacia arriba, como un disco que ha dejado de girar pero que no llega a verse liberado, que es llevado hacia abajo con inercia atómica y explosiva, el pico lanzado con la intensidad de un martillo contra el cráneo del demonio, que se agrieta y arroja un chorro de algo y se resquebraja hacia dentro, el pico atraviesa hueso, cerebro, fluidos y membranas, se abre paso a través de la columna rezumante, del chasquido de las vértebras, del

crujido de las vértebras, de las vértebras picoteadas y escupidas y uno dos tres cuatro cinco, sigue descendiendo como una piraña, seccionando, cortando, desmantelando la materia de que está hecho el demonio, chapoteando en sangre y médula y mierda y orines, desenredando sus intestinos, haciendo que nervios y ligamentos se conviertan en un plato de espaguetis, en una guedeja de lana martilleada jubilosamente, desgarrando, arrancando, despedazando, sorbiendo, eructando, disfrutando con total honestidad de ese trayecto de dolor, de dolor que duele, para Cuervo aquello era como un seductor cubo de basura lleno de envoltorios y helado y restos de salchicha al curri y crías de petirrojo y todas las porquerías imaginables, resultaba tonificante como el sonido de los alisios en el brezal, como un olmo hecho castillo inflable al viento, como los viejos placeres familiares de las especies más ocultas. Y Cuervo permanece exaltado sobre un charco de inmundicia, barre pacientemente con las garras los restos del demonio, los tira por el agujero de una alcantarilla.

Tras cumplir con su labor, Cuervo se pavonea dando saltitos calle arriba y calle abajo con gesto admonitorio mientras los niños lo jalean y aplauden desde la ventana de la habitación, los vemos a través del cristal, en pijama, pero no podemos oírlos. Cuervo lanza sus amenazas a la ciudad entera, y son amenazas en verso, son amenazas en varios idiomas diferentes, son amenazas de filo ensangrentado, son amenazas con humor, son amenazas danzarinas y son amenazas sencillamente rastreras, y hay algo en ellas de vudú y de chascarrillo y de una grandilocuente fealdad primordial.

Satisfecho con su defensa del nido, Cuervo se va en busca

de algo que comer.

PAPÁ

Mal chiste, mal sueño, mal poema, todo nuevo, este cr

cr

cr

cr

cr

creer, descreer, descansar, desconsolar.

Cr

Cr

cr

cr

crimen, criminal, lacrimal, lágrima

NIÑOS

Era joven y era bueno y a veces resultaba gracioso. Entonces cayó en el silencio y la lividez, y entonces cayó en el rencor y la distancia, y entonces se obsesionó y tuvo visiones y escribió y escribió y escribió.

Venid a ver esto, dijo Cuervo. ¡Vuestro Papá está como muerto!

Nos colamos en la habitación, que olía a ratón podrido, y vimos ceniceros sobre el edredón y botellas por el suelo. Papá estaba abierto de brazos y piernas como un juguete roto y su boca se veía floja y gris y desinflada como un pudin de Yorkshire fallido.

Papá ¿estás muerto?
Papá, ¿te has muerto?
Nos respondió un largo y lastimoso pedo, y Papá pegó una patada sobre la cama.
Pues claro que no está muerto, tontorrón, dijo mi hermano.
Yo nunca dije que estuviera muerto, le contesté.
Ups, dijo Cuervo.
No estoy muerto, dijo Papá.

PAPÁ

Querido Cuervo:

Hoy he hecho un dibujo del que me siento muy orgulloso. Es un retrato tuyo, apareces sentado en una silla, sosteniendo una marioneta que representa a Ted. Frente a ti se encuentra el propio Ted, sentado en una silla, sosteniendo la marioneta de un cuervo. ¡El parecido es increíble!

Sobre la marioneta-cuervo de Ted hay un bocadillo de cómic. El Cuervo títere dice: «TED, APESTAS A CARNICERÍA».

Pensé que te haría gracia.

NIÑOS

Papá solía contarnos cuentos y esos cuentos
cambiaron cuando Papá cambió.

Recuerdo el cuento del cazador de ratas. El
cazador de ratas colgaba las colas de sus víctimas
del cabezal de la cama, una, dos, tres, cuatro, cinco.
El cazador de ratas mató al rey de las ratas y todo
el mundo sabe que un rey de las ratas no muere a
menos que su corazón sea cocinado. Mientras el
cazador de ratas dormía, la cola del rey de las ratas
se desenganchó y recorrió el cabezal haciendo una
trenza con todas las colas de sus súbditos muertos,
le añadió un nudo corredizo y con ella estranguló
al cazador de ratas. Rata, cazador de ratas, dijo
Papá, ¿os tiemblan ahora las patas?

Papá solía contarnos cuentos y esos cuentos
cambiaron cuando Papá cambió.

Recuerdo el cuento del escritor japonés que se
cayó sobre su propia espada y esta estaba tan afilada
que lo atravesó limpiamente y volvió a salir por la
espalda sin una sola mancha.

Recuerdo el cuento de un guerrero irlandés que
asesinó a su hijo por error pero cuando se enteró
no le importó demasiado porque su hijo se lo
tenía merecido.

PAPÁ

Hay un punto en la encimera de la cocina donde suelo apoyarme mientras los niños se comen sus cereales. Está muy cerca del punto de la encimera donde solía apoyarse mi esposa.

ES MUY INTENSO. NO HAY FORMA DE SABER POR CUÁNTO TIEMPO SE PROLONGARÁ, PERO ESTAMOS EXTREMADAMENTE PREOCUPADOS POR LA GENTE QUE HA QUEDADO ATRAPADA EN LA CIUDAD.

Los niños escuchan las noticias. Necesitan saber. Les cuento un montón de cosas acerca de la guerra.

La pérdida y el dolor resultan inasumibles cuando suceden en el mundo exterior, pero quiero que al menos hagan el esfuerzo de imaginárselos.

CUERVO

Con permiso, unas pocas notas para una autobiografía literaria de carácter oral:

Me encantaba esperar, a media tarde, solo en su hogar, a que volvieran de la escuela. Soy consciente de que se me podría acusar de presentar síntomas relacionados con una fantasía maternal insatisfecha, pero soy un cuervo y los cuervos podemos hacer de todo en la oscuridad, incluso jugar a ser Mamás. Me dedicaba a picotear, miraba por aquí, miraba por allá. A veces recogía del suelo el típico calcetín perdido o una pieza de puzle. Iba dejando pequeñas cagarrutas allí donde sabía que él nunca llegaría a limpiar.

Lo primero que oía era una mezcla de voces agudas, un parloteo jovial y cantarín. Los niños. Podía seguirle un golpe al chocar uno de ellos contra la puerta de la calle, y una pausa mientras recuperaban el aliento y esperaban a que el padre se les uniera. Entonces, él abría la puerta y con ese clic el apartamento se llenaba de ruido, Quitaos los Zapatos, Dejad las Mochilas, No las dejéis ahí, He dicho que No, ponedlas ahí, venga, en marcha, pim, pam, pim, pam, escaleras arriba.

Hay una cierta arrogancia, bella y perezosa, en el cansancio de esos hombrecitos que van dando tumbos por toda la casa durante el breve interludio que precede a la búsqueda de comida o de entretenimiento, y siempre me llenaba de un optimismo impropio de mí y me levantaba el ánimo verlos volver al cubil como si nada.

¡Y el azúcar! Aquellas tardes en las que él les permitía comer golosinas, o en las que se encaramaban a la despensa y saqueaban –con maneras de cuervo– el alijo de su padre. El comportamiento de las crías humanas tras ingerir importantes cantidades de azúcar es verlo para creerlo. Los estimula y trastorna de forma hilarante durante algo así como una hora, hasta que caen desplomados.

Es increíble cómo se parecen a zorreznos empachados de sangre.

NIÑOS

Guardábamos esas gomas elásticas que usan los carteros. Teníamos la intención de hacer con ellas una bola gigante. Pero acabamos desistiendo.

Hicimos bases, campamentos, guaridas, refugios, fuertes, búnkeres, castillos, fortines, túneles y nidos.

Observábamos Londres y Londres nos ofrecía madres en potencia con tejanos y camisetas a rayas y gafas Ray-Ban, así que las señalábamos y nos solazábamos en aquella automutilación ruin y desconsiderada. Nos mostramos displicentes con la niñera que nos preguntó «¿Cómo podéis reíros de algo tan triste?».

Nos columpiábamos sobre el respaldo del sofá y nos tirábamos sobre la moqueta y Papá nos gritaba Pensáis que eso no os joderá las rodillas pero sí lo hará y cuando lleguéis a mi edad tendréis serios problemas con ellas ¿vale?, y yo no pienso empujar vuestra silla de ruedas como si fuerais tristes mendigos y si creéis que os miento deberíais haber visto las rodillas de vuestra abuela, las tenía destrozadas como el plano aéreo de un campo de batalla, apenas se podía arrodillar, todo por no haber cuidado sus articulaciones de niña, culpa del ballet principalmente, pero también por saltar del sofá, así que se las tuvieron que abrir, porque eso fue antes de la cirugía láser, y si no me creéis podéis

Ahí dejábamos de escucharle para continuar saltando.

Tras el advenimiento de la cirugía láser pero antes de la pubertad, antes del pudor, antes del instituto, antes de que el dinero, el tiempo o el sexo nos atraparan. Antes de que el lenguaje fuera una trampa, cuando era solo un laberinto. Antes de que Papá llegara a los últimos treinta años de su vida. La verdad es que, pensándolo en frío, aquel fue el mejor momento posible para perder a una madre.

PAPÁ

–Esto te lo voy a contar gratis –dijo Cuervo.

–Mmm… (Intento trabajar, intento prestar menos atención a la idea de Cuervo desde que leí un libro sobre delirios psicóticos).

–Si tu esposa se ha convertido en un fantasma, no la oirás lamentarse desde el interior de una alacena o por los rincones de la casa, no deambulará por ahí gimiendo a causa del final de su etapa como madre o del amargo dolor que le produce ser testigo de cómo seguís viviendo sin ella.

–¿No?

–No. Puedes creerme, sé bastante de fantasmas.

–Sigue.

–Se presentará ante ti tal y como era antes de conocerte, en los días dorados de su infancia. Los fantasmas no se obsesionan con el presente, sino que retroceden al pasado. Igual que tú, cuando quieres quedarte dormido, piensas en árboles o en verdes praderas porque buscas un refugio simbólico e instantáneo en una iconografía preestablecida que es sinónimo de seguridades y satisfacciones tempranas. Ese es precisamente el lugar al que acuden los fantasmas.

Miro a Cuervo. Esta noche le toca ser Polifemo y tiene un solo ojo, una lustrosa y evidente bola negra de billar.

–Continúa. Cuéntamelo todo.

–¿De veras?

–Por favor.

–No soy ningún mono de feria.

–Cuéntamelo.

–Se trata más bien de un aroma, o de un recuerdo sinestésico, pero vendría a ser algo así…

Se sienta muy erguido. Su cuello ya no sobresale tanto, su pico ya no pega sacudidas. Por primera vez desde el día que llegó, su postura ha dejado de traslucir una constante predisposición hacia la violencia.

Muestra una quietud que jamás había visto en un animal no embalsamado. Una quietud mortuoria.

–Vale… t t t, sí, ooh espera, tamborileo, tecodontosaurio míralo con las mamás espías y las bodas espera, olvida eso, allá vamos…

¡Tardes! ¡Sí, aquellas tardes que jugaba con otros niños!
El edificio de la Cruz Roja, suelo de parquet, playeras.
Bizcocho de chocolate. Buñuelos.

Galletas rellenas de higo. Concursos de baile. Patchwork para principiantes. Tinta invisible.
Coge, quiero decir pilla, a que no me atrapas, ya sabes.
Saltar a la cuerda. Las inmensas manos de su padre.
Charcos entre las rocas (¿en Yorkshire?). Cangrejos, redes, sardinas, esconderse, esperar.
Cuentas (¿con ábacos?, ¿con abalorios?).
Camas elásticas / dulces de anís / huevos decorados.
¿Unos lápices a los que sacar punta? El Árbol Lejano, Robert el… algo, ¿Robert, el Caballo del Rosal?

Nos quedamos ahí sentados, en silencio, y de repente me

doy cuenta de que estoy sonriendo. Reconozco parte de lo que me ha contado. Le creo. Le creo absoluta y dichosamente, y se trata de una sensación familiar.

–Gracias, Cuervo.

–Entra dentro del servicio.

–De veras. Gracias, Cuervo.

–De nada. Pero por favor recuerda que soy tu canción-leyenda hughesiana, el Cuervo del frescor mortuorio, por favor. El devorador de dioses, el chupabasurillas, el asesino de palabras, el bomba matemática hijoputa profanador de cadáveres y todo lo demás.

–Él nunca te llamó «hijoputa».

–Qué suerte la mía.

NIÑOS

Érase una vez dos niños que se empeñaban en modificar los recuerdos que tenían de su padre. Y se sentían incluso mejor las escasas veces en que lograban olvidarse de su madre.

En el seno de su pequeña familia se daban numerosas ecuaciones y transacciones. Uno de los niños soñó que había asesinado a su madre. Constató que no fuera verdad y entonces tiró a la basura un valioso cucharón de plata que su padre había heredado. Lo echaron en falta. Se sintió mejor.

Uno de los niños extravió la preciada nota de «buena suerte» que su madre le había dejado en la fiambrera. Lloró, a solas en su cuarto, y entonces lanzó un coche de juguete contra el póster de Coltrane que su padre había enmarcado. Rompió el cristal. Se sintió mejor. Su padre barrió sumisamente el destrozo y se mostró comprensivo. En el seno de su pequeña familia se daban numerosas ecuaciones y transacciones.

PAPÁ

Donde hay niños hay peleas.

NIÑOS

El frío hizo despertar a uno de ellos, que a su vez despertó al otro diciéndole PAPÁ SE HA LARGADO, y el otro coincidió con el uno. Su madre se había ido –o bien se había tumbado sobre la nieve para dormirse en espera de la muerte o había sido raptada por los lobos–, así que sabían un par de cosas acerca de los olores y sonidos de una casa pequeña cuando uno de los progenitores se ausenta, y tenían razón, su padre se había largado.

Es posible que regrese, dijo uno de los niños, y el otro le alborotó el cabello y sonrió con los ojos porque no, no iba a regresar jamás. Cuando un padre se marcha, se marcha para siempre.

Así que entonaron la canción de la limpieza mientras iban por la casa ordenándolo todo y se pusieron toda la ropa que tenían para parecer mucho más gordos, y se largaron ellos también.

Caminaron durante tres días, durmiendo solo mientras rodaban colina abajo, para no quedarse nunca quietos. Perdieron sus cuerpos infantiles y les creció la barba y fueron reventando las costuras de las distintas capas de ropa, así que para el cuarto día, a la salida del sol, se habían convertido en adultos y estaban desnudos.

Menuda pinta tienes, le dijo el uno al otro.
Nos han crecido las pililas, le dijo el otro al uno.

Llegaron a una cabaña y llamaron a la puerta. En el momento mismo en que aquella mujer terriblemente hermosa les abrió supieron que no estaban preparados para que fuera otra cosa que su madre, así que salieron corriendo de regreso, plim plim plim, colinas arriba, a través del bosque helado, hasta la casa, escaleras arriba, hasta sus camas –los ojos cerrados con fuerza– y cuando despertaron su padre les estaba haciendo el desayuno.

PAPÁ

Fuimos a una exhibición de vuelo de aves rapaces. En un prado. En algún lugar en pleno campo, junto a media docena de distinguidos vejestorios y con un rollizo guía pelirrojo encargado de retransmitirla a través de un micro: «Aquí llega, es la estrella de nuestro espectáculo».

La primera ave era un águila calva inmensa, imponente, con una envergadura de un par de metros. Ooh, sí, dijimos. Vaya que sí. Los niños estaban paralizados.

«Ahora veamos si se decide o no a darle al AY, VAMOS, AHÍ VA, sube, sube, HACIA ARRIBA QUERIDA, ¡esa es MI CHICA!».

Y surcó las alturas. Se había *elevado.* Todos nos habíamos elevado.

Los niños retorcían el plástico de los asientos entre los deditos, el artificio relativo a la cautividad del ave, el hecho de que estuviera obligada a ofrecer ese espectáculo, se había desvanecido. Yo mismo me sentía entusiasmado ante la visión del águila calva, ante su magnificencia física.

«Oh, ¿a quién tenemos ahora por aquí? Vaya vaya, menudo mamoncete estás hecho. Disculpen mi lenguaje, amigos. Puesto que estamos en primavera, el cuervo de este prado ha salido a proteger su nido, tal y como haría cualquiera de ustedes en presencia de una maldita águila. ¿Y QUÉ LES PARECE ESO? Eso, damas y caballeros, es

un cabrón con un buen par de… ¡El cuervo está VOLANDO POR ENCIMA DEL ÁGUILA!».

Volví la cabeza a un lado y vi que los niños se habían cogido de la mano sin darse cuenta.

«Damas y caballeros, les presento al maldito milagro de la naturaleza. Ahí arriba tienen a dos pájaros demostrando una señora dosis de respeto el uno por el otro. Puedes tener la hostia de kilos más que yo, puedes superarme cuarenta veces en tamaño, ¡pero si te acercas a mi nido te enseñaré un par de cosas sobre lo que significa volar!».

Los tres nos pusimos en pie de golpe para ovacionarle. «¡VAMOS, CUERVO!», gritamos.

«¿Y por qué no? –dijo nuestro colorado amante de las aves, nuestro colega, nuestro guía–. Qué coño, ¿por qué no? ¡VAMOS, CUERVO!».

Vamos, Cuervo. Vamos, CUERVO.

Y aquel fue probablemente el mejor día de mi vida después de su muerte.

NIÑOS

Érase una vez un rey que tenía dos hijos. La reina se había caído por la trampilla del ático y se había roto la crisma y, puesto que los criados del reino estaban muy ocupados sacando brillo a las esculturas del rey, había muerto desangrada. El rey solía estar muy atareado enfrentándose inútilmente a pequeños maleficios y previniendo guerras. De modo que los dos príncipes se peleaban entre sí.

Se pegaban bofetadas. Algún cachete, algún puñetazo. El más pequeño, bajo y gordito (le llamaban Iván el Vago, o Bestia Culpable, o Lobo Avaricioso), solía moverle la silla a su hermano para que este se cayera de culo sobre el frío suelo de mármol. Se daban patadas en la espinilla, se zancadilleaban, se hacían cosquillas.

Entonces, puesto que extrañaban a su madre, uno más y el otro menos, las peleas mejoraron, empeoraron. El más agraciado (le llamaban Príncipe Inminente, o Águila Holgazana, o Ciervo Hambriento) solía hincar las rodillas sobre la parte más carnosa de las axilas de su hermano y las restregaba contra el músculo. Se recostaban cada uno en un extremo de la tarima del salón del trono y se daban patadas patadas patadas patadas patadas hasta que uno, sollozando, pedía clemencia, decía me rindo.

Entonces se dieron mordiscos. E intentaron ahogarse el uno al otro. E intentaron quemarse el pelo el uno al otro. Se ataron el uno al otro. Se retorcieron las muñecas, se arrancaron los calzones, se escupieron.

Entonces dieron con un manual de venenos y se turnaron haciendo vomitar al otro. Y se colgaron el uno al otro. Y se despellejaron el uno al otro. Y se crucificaron el uno al otro. Y se perforaron el cráneo mutuamente con clavos herrumbrosos.

Un día, al rey le dio por darse un garbeo por el laberinto de palacio y se encontró casualmente con sus hijos, ensangrentados y armados con ballestas, inflamados por el ansia asesina.

–Potrillos míos, adorables camorristas míos, ¿por qué jugáis de este modo? –les preguntó el rey.

–Porque extrañamos muchísimo a mamá –respondieron al unísono los niños.

El rey lanzó una carcajada mientras se daba golpecitos sobre la tirante barriga porcina.

«Queridos diablillos míos, aún os queda mucho por aprender sobre lo que significa ser rey. La reina, esa no es vuestra madre. Solo Dios sabe qué casquivana palaciega os escupió a este mundo, pero ciertamente no se trató de esa amiga de un amigo a la que en algún momento llamé reina».

Así que los niños, bastante aliviados, se estrecharon la mano y acabaron convirtiéndose en victoriosos

monarcas de sendos reinos grandes y prósperos.

CUERVO

Rayos y truenos, saltemos y brinquemos, a mí la legión, cantemos con pasión.

Una vez perdí a una esposa, siendo uno el número máximo de veces que un cuervo puede perder a su esposa. Ooh, qué más da, acabo de recordar algo.

Voló trazando una genuflexión, desde Tintagel-Carlyle y por Morecambe-Orford, ladeándose, intentando envenenarse a base de bayas prohibidas e iglesias hermosas, pero la basura de Inglaterra le salvó. Las líneas ley lo arrojaron campo a través sin tiempo para lamentarse, los cables de alta tensión catapultaron ramilletes sueltos de huesos y plumas negros como la brea, y otros cuerpos cayeron del cielo, una tormenta de cuervos muertos, la cima de una colina bañada en pájaros quemados, pero nuestro cuervo supo escoger y picoteó latas de Lilt y Durex salobres y paquetes de Benson & Hedges, y la tormenta de fuego le pasó por encima igual que la Historia con mayúscula pasa por encima del trabajador. Zarzamora, grosella, mora roja, endrina. Ciruela damascena, ciruela-pera, manzana silvestre, moretones. Coágulos, mucosidad, tumores y membrillo.

Se asoma a un charco de aceite y se ve el pico teñido de colores brillantes, rayas rojas, verde, morado y naranja. Como un frailecillo de mierda.

Abre la boca para gritar y de ella brota una hermosa

melodía inglesa, un canto silvestre, como el del mirlo o el del puto Ivor Gurney.

Esta ha sido otra de las pesadillas de Cuervo.

NIÑOS

Érase una vez nuestro padre que se subió a un autocar hacia Oxford para oír hablar a su héroe, Ted Hughes. Esto fue cuando Ted Hughes tenía un aspecto gris y estaba casi muerto y Papá acababa de dejar el instituto. Nunca había visitado Oxford con anterioridad y le impactó ver que estaba llena de tiendas normales, de McDonald's y esas cosas. No podía creer que hubiera gamberros tirando latas a los autobuses de la estación. Él pensaba que solo encontraría a una comunidad de profesores que rumiaban sobre la existencia.

Llegó con tres horas de antelación, así que se fue a comprar discos a una tienda que estaba de moda. Se llevó uno que no quería porque le dio demasiada vergüenza corregir al dependiente. luego se fue a un pub y se tomó dos pintas de Guinness y se fumó un cigarrillo tras otro. Nuestro Padre era un tipo calmo y astuto y romántico y en aquella época se podía fumar en los bares.

A nuestro Padre le desilusionaron el tamaño y la modernidad de Oxford. Había imaginado que podría cruzarse con Ted, o con Peter Redgrove, antes de la lectura. Se sintió avergonzado ante su

propia ingenuidad y se tomó una tercera pinta. Estaba leyendo a Ósip Mandelshtam y subrayaba y doblaba las páginas, copiaba fragmentos en su libreta. Había dado por sentado que el pub estaría lleno de jóvenes intelectuales actuando igual que él, pero el lugar se hallaba vacío y solo había un hombre con una camiseta de los Spurs con un beagle.

Nuestro Padre estaba en un pub de mierda junto a la estación de autobuses.

Tenía ideas explosivamente contemporáneas sobre Hughes y Plath. Una de esas ideas era que todo había pasado ya. Que había llegado la hora de dejarse de chorradas y de evaluar la poesía sin caer en disputas biográficas y tener que escoger un bando. En el autocar a Oxford había imaginado el enérgico debate que mantendría con una pandilla de fans de Plath en un pub con las paredes revestidas de madera.

–Vale, está bien, aceptaremos *River* –dirían ellos.

–Me parece justo –respondería Papá–. Yo le echaré otra ojeada a *Colossus*.

Para ser justos con nuestro Padre, diremos que era un tipo genuino. Calmo, astuto y trágicamente poco carismático. Nos cachondeábamos de él tanto como podíamos porque estábamos convencidos de que era lo que Mamá habría deseado que hiciéramos. Aquella era la mejor expresión de nuestro amor por él, de nuestro agradecimiento hacia él.

Con la entrada le dieron una bebida gratis.

Se quedó con el ticket y aún lo guarda en el archivador que dedicó a Ted.

Se sentó sobre la mitad de la sala.

Aguardó a que saliera su héroe.

(Un tipo grandote con un viejo volumen mugriento, posiblemente una chaqueta Barbour, quizá incluso un olorcillo a granja de Devon o los bolsillos manchados de tripas de salmón. Papá es consciente de que la icónica prímula se habrá marchitado y desvanecido, pero ¿cómo llevará el pelo? Quizá elegantemente rapado, como el Poeta Laureado que es. ¿Y hablará únicamente de Shakespeare o colará también algún que otro poema? ¿Una nueva composición o quizá dos, Ted? ¿Para tus jóvenes seguidores? ¿Para los chavales que te tienen ahí arriba, junto a Donne y Milton?).

Ted, al llegar, tenía aspecto de no encontrarse muy bien.

La charla transcurrió en una neblina reverencial. Él no recordaba mucho, solo que estuvo muy, pero que muy orientada hacia Shakespeare y que uno de los conferenciantes se mostró hostil con Ted.

Llegaron los ruegos y preguntas y nuestro Padre en versión dieciocho años lucía el intenso rubor de cuello para arriba y las manos sudorosas del fan que se dispone a exponer su duda. Al fondo de la

sala, una pregunta acerca de Calibán y el imperio. Sí, la señora a ese lado, una pregunta acerca de las críticas negativas. Sí, señor, aquí al frente, una pregunta sobre Sylvia, a la que la multitud de entendidos en Ted reacciona con un suspiro y el moderador, con un educado «irrelevante». Entonces, oh dichosos nos, Sí, Joven por la mitad de la sala.

Papá se puso en pie, lo cual es gracioso porque nadie más lo había hecho. Nos reímos al pensar que se puso de pie.

Su pregunta era muy larga, y muy seria, y la expuso de forma un tanto embrollada, pero trataba sobre la guerra nuclear, y la censura, y la polución, y Jacobo I. Ted asintió, sonrió, asintió de nuevo, y el moderador dijo «Gracias, una aportación adorable, más un ensayo que una duda, pero gracias. Lamento decir que no hay tiempo para más».

Papá se dejó caer con fuerza, golpeándose las posaderas, sonrojado, al borde de las lágrimas.

Al parecer, Mamá lloró una vez al oír esta historia, ¡pero espera! ¡Espera!, gritamos todos. ¡Quieto ahí, papá, grandísimo capullo! ¡No acabas avergonzado por el moderador! Por eso te queremos y nos burlamos. Hay un final feliz.

Mientras nuestro Padre arrastraba los pies camino de la salida, una vasta mano de poeta le palmoteó el hombro y el encantador y cálido acento de Yorkshire de Ted Hughes, un sonsonete que parecía brotar de debajo de veinte brazas de agua,

sin estruendo, hizo feliz a Papá.

–Sí –dijo Hughes mirando a Papá a los ojos.
–¿Sí? –contestó nuestro Padre.
–Pues sí –dijo Hughes, dándose la vuelta.

Y nuestro Padre olvidó lo que había preguntado, y Ted Hughes murió, y nuestra Madre murió también, y mi hermano suele contar una versión diferente de la historia de Oxford.

TERCERA PARTE

PERMISO PARA SALIR

CUERVO

Esta es la historia de la muerte de tu mujer.

PAPÁ

He cambiado de idea. No quiero oírla.

CUERVO

Pero de eso se trata, precisamente. Se golpeó la cabeza.

PAPÁ

Cuervo, en serio, está bien. Ya lo sé. No necesito saber.

CUERVO

Hay que joderse.

PAPÁ

Querido Cuervo:

Una vez te posaste junto a mi lecho y, con el gorjeo de un mirlo, me dijiste que no debía casarme nunca más, que sellara mi corazón y que me hiciera un nudo en la polla. Nosotros, los cuervos, somos monógamos, añadiste mientras me dabas golpecitos en la frente con tu pico so-so-sobresaliente.

Luego, en otro momento, te posaste junto a mi lecho y me contaste la historia de Ted. Lo hiciste con la voz de un profesor de Yorkshire y me dijiste que debía volver a intentarlo, que me buscara una amante, que me animara, que pensara en los niños. A por ello, me dijiste. Deberías liarte con una muchacha joven y cariñosa a la que no le desagrade el sonido de la palabra «madrastra». Deberías pegarte un buen revolcón. Aparté el edredón con violencia y me revolví y lancé un manotazo y te escupí, pero tú ya te habías largado a alguna otra parte y yo tuve que quedarme dormido bajo el peso tanto de lo que habías dicho como de lo que yo había imaginado al respecto.

Insomnio.

Bordes afilados.

Mal aliento.

NIÑOS

Una vez estábamos dibujando algo en la mesa de la cocina cuando Papá dijo «Jamás deberíamos olvidar la importancia de Picasso», y mi hermano contestó «¡Papá en la gilivisión!», y Papá se rio tanto que estuvo a punto de vomitar.

Nos reíamos y nos metíamos con él porque eso parecía recordarle a nuestra Madre.

Una vez fuimos a un lugar secreto con la Abuela. Se trataba de una inmensa pared semicircular de arena roja que había estado sumergida. Si le dabas un golpe, te caía una concha marina. Se hallaba en medio del fulgor amarillo de un campo de colza.

Papá no nos acompañó aquel día. Aquello fue algo con lo que él no tuvo nada que ver.

PAPÁ

Había pillado la gripe. Que se pusiera enferma era del todo inusual. Los niños eran muy pequeños y había nevado y ella no podía soportar el griterío por toda la casa, así que nos vestimos y nos fuimos al parque a lanzarnos en trineo. Sin ella, éramos simplemente patéticos. Los niños no sabían dónde habían dejado los gorros. No hubo manera de que hicieran pasar los mitones a través de las mangas del abrigo; no quisieron ver a los otros niños, niños mayores que ellos, lanzándose en trineo colina abajo. Me sentí completamente inútil. Los había sacado sin ponerles las botas de agua, así que comenzaron a dolerles los dedos de los pies antes incluso de llegar a la carretera. No hacían más que quejarse y los tres éramos conscientes de que, en su ausencia, las cosas no funcionaban como debían. Los niños se compadecían de mí. Sentía una profunda vergüenza al constatar que mi brillantez como padre se había revelado por completo dependiente de ella. Quizá, de haber sabido que se trataba de un ensayo general para lo que iba a ser el resto de nuestras vidas, hubiera dicho LEVANTAD ESE ÁNIMO, MIERDECILLAS, o NECESITO AYUDA. O llevadme a mí, por favor, llevadme a mí en su lugar.

PAPÁ

Cosas a las que Cuervo NO les tiene miedo:
Ted.
Las biografías de Sylvia.
Dios.
Los parques eólicos.
Los niños huérfanos de madre.
Las águilas calvas.
Los marrones.
Los espantapájaros.
El hombre.
La muerte.

Cosas a las que Cuervo SÍ les tiene miedo:
El divorcio.
La trama argumental.
Los negocios.
Los católicos.
El alambre de espino.
Los pesticidas.
El cotilleo.
La taxidermia.
Keith Sagar.

PAPÁ

Un par de años más tarde, sin duda demasiado pronto pero también en el momento preciso, me traje a casa a una mujer, una estudiosa de Plath a la que había conocido durante un simposio.

Era inteligente y graciosa e hizo lo que pudo teniendo en cuenta lo jodido de la situación. Intentamos no hacer ruido porque los niños dormían en el piso de arriba.

Era tierna y bonita y su cuerpo desnudo no se parecía al de mi esposa y le olía el aliento a melón. Pero estábamos sentados en un sofá comprado por mi esposa, bebiendo vino en copas que le habían regalado a mi esposa, bajo un cuadro pintado por mi esposa, en el mismo apartamento donde mi esposa había fallecido.

No he practicado el sexo con demasiadas mujeres, y solo lo hice verdaderamente bien con mi esposa, porque sabía lo que le gustaba. Y aquella noche no me apetecía hacer esas mismas cosas, no me apetecía plantearme si debería estar haciendo esas mismas cosas, no me apetecía tener que pensar, lo que se tradujo en que golpeara sus dientes con los míos, y entonces le clavara una rodilla en el muslo, y entonces me disculpara en exceso, y entonces me corriera demasiado pronto, y entonces pusiera demasiado empeño, y entonces no pusiera el empeño suficiente.

Pero estuvo bien, y ella se comportó de manera adorable, y nos sentamos en el alféizar para fumar a través de la

ventana abierta, le gustaba el tabaco fuerte, y hablamos de todos los libros que habíamos leído dejando de lado los escritos por Sylvia y Ted o sobre ellos.

Cuando se marchó, la posibilidad de sentirme feliz hizo que me pusiera nervioso. Caminé por el apartamento como si fuera la primera vez que lo pisaba, dando largas zancadas, observando las superficies con atención a todas luces excesiva. Fui a echarles un ojo a los niños.

*

Cuando volví a bajar, Cuervo estaba en el sofá imitándome, moviendo las caderas y gimiendo.

NIÑOS

Es como si precisáramos de períodos de diez años para que esto nos defina, grandes bocanadas de vida normal a las que siguen auténticos sumideros de melancolía.

Como le pasaría a cualquiera, en realidad.

Pensábamos que un día aparecería de nuevo para decirnos que todo aquello había sido una prueba.

Pensábamos que los dos moriríamos a la misma edad que ella.

Pensábamos que podía vernos a través de los espejos.

Pensábamos que era un agente secreto, que le mandaba dinero a Papá, que le pedía que la fuera poniendo al día.

Tuvimos la prudencia de hacerla envejecer, de no encadenarla a una edad. Comenzamos a llamarla Abuela cuando Papá se convirtió en abuelo.

Ojalá le guste lo que somos.

PAPÁ

Queridísimo hijo:

Unas navidades, habían pasado tres o cuatro años desde la muerte de tu madre, tras meteros a ti y a tu hermano en la cama, estaba tumbado en el sofá tomando una copa de vino tinto y leyendo un libro de R. S. Thomas cuando ella entró en el salón y dijo Hola. Estaba desnuda, no llevaba puestos más que unos calcetines (eso no la favorecería ni en vida). Tropezó con la alfombra, se tambaleó, acabó golpeándose la rodilla contra la mesita de café. Fuimos al piso de arriba y le puse un poco de árnica en el moretón y discutimos por lo desordenado que tenía el armarito de las medicinas. Entonces, llenamos los calcetines de regalos y entramos de puntillas en vuestra habitación para dejároslos junto a la cama. Yo me fui a dormir y tu madre se quedó despierta un rato, leyendo.

Esto es completamente cierto.

¿Eres bueno? No te preocupes demasiado por hacer las cosas o por dejar de hacerlas, al final acaba dando lo mismo.

Te quiere,

Papá

NIÑOS

Un hermano permaneció sentado en silencio entre los restos del otro y lo intentó pero no logró escapar a la rabia. Ese soy yo. Pasé unos años difíciles, ahora estoy bien, pero soy una persona callada y poco dada a lo sentimental. Mi hermano les grita CRAAAA y habla con ellos. Los años más terribles de mi vida llevan la mancha del cuervo. Y aquí va un pequeño secreto. Ni lo he leído siquiera. No me gusta Hughes y no me gusta la poesía.

Locura. Pretenciosidad. Negación. Indulgencia. Sinsentido.

Siendo adolescente, agarré un rifle de aire comprimido y me fui a un prado a dispararle a los cuervos. Le di a uno y quise ir a por más. Quería apilarlos como si fuera a hacer una hoguera de pájaros negros y muertos con picos repugnantes. Pero son demasiado listos, se dieron cuenta de mis intenciones y se mantuvieron a una distancia prudencial.

Volví a donde estaba el cuervo muerto justo a tiempo de ver cómo se alejaba cojeando entre los pedruscos y rastrojos.

Papá tuvo algunas novias pero nunca se volvió a casar, y quizá eso fuera lo mejor para todos.

Soy cualquiera de los dos hermanos.

PAPÁ

Al cabo de uno o dos años, algunos amigos comenzaron a sugerir la posibilidad de que siguiéramos adelante con nuestras vidas; eran amigos que hablaban en nombre de sus bienintencionadas esposas. Mujeres que nos querían. Mujeres que me conocían desde que era niño.

Oh, les contesté, claro que seguimos adelante con nuestras vidas. MIERDA, SI SOMOS TRES ESPLÉNDIDOS CACHARROS ESPACIALES QUE SURCAN EL CIELO A TODA VELOCIDAD PORQUE LES HAN FALLADO LOS FRENOS, pero gracias, Geoffrey, dale recuerdos a Jean.

La posibilidad de seguir adelante con nuestras vidas, por lo menos en términos teóricos, es una estupidez, porque cualquier persona con un mínimo de sensibilidad sabe que el luto es un proyecto a largo plazo. Y me niego a apresurarlo. El dolor al que se nos ha sometido impediría a cualquiera reducir el paso, acelerarlo o recomponerse.

Así que una noche de verano me adentré en el azul marino de su habitación y les escuché respirar. Los edredones aplastados y enmarañados, pequeños y delicados miembros emergiendo de prendas de algodón estampadas con dibujos de piratas y robots, y una colección de muñecos de peluche. Mi esposa y yo solíamos entrar a arroparlos y nos maravillábamos ante la

perfección que exhibían durante el sueño. Nos regocijábamos ante su belleza: «Es una locura», nos decíamos. Y lo era, era una locura.

Me quedé allí de pie, respirando el mismo aire que ellos y reflexionando –para variar– sobre cuestiones como la fragilidad, el riesgo, la suerte, la imperfección, el azar, la bondad, el sentido del humor, la honestidad, los ojos, el pelo, los huesos, la imposibilidad de que la epidermis, frenética, silenciosa, rejuvenezca; esa piel nunca nerviosa, siempre digna de ser besada, incluso cuando se forma una costra en su superficie, por más salada que yo mismo la volviera, y sentí que eran muchísimas las noches total y absolutamente desgarradas por el amor que sentía por esos niños, y les pregunté en voz alta:

¿Queréis SEGUIR ADELANTE CON VUESTRAS VIDAS?

No hubo respuesta.

¿Deberíamos plantearnos la posibilidad de SEGUIR ADELANTE CON NUESTRAS VIDAS?
El chasquido y las arrugas que provocaba el aire al entrar por los orificios nasales, el balanceo de las lenguas, los suspiros, el aire dulce e invisible que se concentra en lo alto de una habitación en el piso superior de un apartamento en el que sueñan personas jóvenes.

No, les dije, estoy de acuerdo, así estamos bien.

Cuervo se me acercó al salir de la habitación, mientras cerraba la puerta, y me cobijó bajo su acogedora ala.

No estás solo, chaval.

NIÑOS

Érase una vez que ya soy adulto, tengo un hijo.
Y una esposa. Y un coche. Y comienzo a hablar
como Papá.

Los conduzco a través de las Chilterns, de los
Downs, de los Moors, de los Broads, cantando
«Vacaciones británicas para súbditos británicos».
Mi Padre hizo lo mismo, nos enseñó el país.
Cader Idris, Shingle Street, Mallyan Spout.
Ahora, mi hijo, por pequeño que sea, grita «cra»
cuando ve un cuervo, porque cuando yo veo uno
grito CRAAAA.

Les cuento historias de ese amigo de la familia, el
cuervo. Mi esposa niega con la cabeza. Le parece
raro que evoque con cariño aquellas vacaciones
familiares con un cuervo imaginario, así que le
recuerdo que podría haber pasado de todo, que las
cosas podrían haberse torcido de cualquier manera,
pero que aquello derivó en algo más o menos
beneficioso. Echamos en falta a Mamá, queremos
a Papá, saludamos a los cuervos.
No es tan extraño.

PAPÁ

«Escucha esto, es demasiado bueno para perdérselo, ram-pam-pa-pam-para-raaam».

¡Prrrr!

«Lárgate, Cuervo».

HOMBRE ¿Cómo sabes que has dado con algo en lo que vale la pena hincar el pico?

PÁJARO Bueno, tiene bastante que ver con un estado de alerta que es a la vez innato (las ansias, los vicios, etc.) y práctico (una bolsa de patatas llamativa, un viudo atractivo). Recordarás que, durante nuestras primeras sesiones de trabajo, lo que parecía la vulgaridad atávica de un córvido formaba parte en realidad de un programa de cuidados extremadamente articulado, diseñado para responder a los diferentes matices de tu recuperación.

HOMBRE ¿Estuvo mi respuesta a la altura de tus expectativas?

PÁJARO Las superó. Pero el mérito hay que otorgárselo a los niños y a la fecha de entrega. Sabía que, cuando por fin le enviaras a tu editor la versión definitiva del ensayo del Cuervo, mi labor habría llegado a su fin.

HOMBRE ¿Porque habría salido de la fase de luto?

PÁJARO No, en absoluto. Porque habrías salido de la fase de desesperación. De luto sigues incluso a día de hoy, pero para eso no necesitas a un cuervo.

HOMBRE Estoy de acuerdo. Es algo que cambia todo el tiempo.

PÁJARO ¿El luto?

HOMBRE Sí.

PÁJARO Es que lo es todo. El luto conforma el tejido mismo de la identidad, y es dueño de una belleza caótica. Comparte sus características matemáticas con diversas formas propias de la naturaleza.

HOMBRE Como por ejemplo…

PÁJARO ¿Por dónde comienzo? Oh, las plumas. ¿Los zurullos? ¿Las olas? ¿Los panales de miel? ¿Un cordel? ¿Los intestinos? ¿Los huesos? Las plumas, eso ya lo he dicho, puertas gateras, espera, no, espera, gorras, porras, zorras, fajos, grajos, micos, échale un ojo a mis picos a mis…

HOMBRE Eso no tiene sentido.

Tengo la sensación de que, si alguna vez fui acosado por el fantasma de mi esposa muerta, en este momento ese mismo fantasma me susurraría al oído «Tienes que pedirle a Cuervo que se vaya».

NIÑOS

Esto es lo que sabemos acerca de Papá. Fue un niño callado. Se perdía durante los paseos familiares, hacía garabatos y dibujaba y los matones del colegio herían sus sentimientos con facilidad. No tenía cabeza para las matemáticas. Se pasó los primeros veinte años de su vida leyendo, jugando al fútbol no especialmente bien pero tampoco mal y esperando a Mamá. Le encantaban los mitos griegos y los escritores rusos y Joyce. Aguardaba el momento de convertirse en nuestro Padre.

Y entonces Mamá y Papá se enamoraron y su relación fue sólida y duradera como una pared de piedra seca y la gente hablaba de paz y alegría y espontaneidad, y del hecho de que sus dos olores se volvieron uno, nuestro olor. Nosotros.

Luego se volvió más callado. Durante dos o tres años, según todos, se comportó de un modo extraño. Tenía constantemente la expresión y las maneras de una persona que flotara por la vida, de quien repara de repente en la luz dorada del atardecer y se sorprende por el calor que esta desprende todavía. Los hombros caídos, un ligero bizqueo, una sonrisa a medias. Un hombre perplejo ante la desconcertante lentitud con que la pena brotaba día tras día tras día y así para siempre. Y todo ello, supongo, en retrospectiva, era a causa de nosotros. No podía dejarse llevar por la rabia.

No podía ansiar la muerte. No podía clamar contra una ausencia mientras esta le sonreía y le cantaba, punteada por las pecas del verano inglés, sol mi do do mi sol sol mi do do mi sol delante de él. Quizá, si algo le enseñó Cuervo fue a mantener un equilibrio constante. A falta de una idea menos cargada de contenido: le enseñó a tener fe.

Un aullido lastimero que dice sí que dice gracias que dice la vida sigue.

PAPÁ

Mi librito sobre Ted Hughes funcionó razonablemente bien. Incluso fue reseñado por el *Times Literary Supplement*.

«Con su rechazo frontal a realizar una crítica constructiva de la persona de Hughes, así como de sus poemas, ciertamente deleitará a los verdaderos fans de ambos».

Mi desgarbado editor de Manchester me invitó a almorzar.

Le conté que tenía una idea, la edición de unas obras completas de Ted Hughes anotadas por Cuervo.

«¿Y qué te parecería un libro sobre Basil Bunting?», me contestó.

Le expliqué que Cuervo violaría, ilustraría y pervertiría la obra de Ted. Se trataría de un análisis profundo y salvaje, de un recuento crítico y de todo un acto de venganza. Sería un álbum de recortes, un collage, una novela gráfica, una disolución de todas las fronteras formales porque Cuervo es un embaucador, es una figura tanto de la antigüedad como de la posmodernidad, es un ilustrador, un editor, un vándalo…

«¿Pedimos la cuenta? –dijo mi editor–. Tienes que pasar página. ¿Qué te parecería escribir algo sobre Piper y Betjeman?».

Así que volví a casa para decirle a Cuervo que debíamos separarnos.

No logré dar con él. Sí me encontré con que los niños habían estado tirando bolas de papel higiénico húmedo contra el techo del lavabo, lo cual me cabreó porque les había explicado ya varias veces que así se manchaba la pintura, y cuando acabé de limpiar y les hice la cena y los metí en la cama me di cuenta, claro, de que Cuervo se había ido.

CUERVO

Con permiso, me largo, he acabado.
Por fin puedo cerrar el círculo, cerrar la distancia entre el
Padre y los Hijos, hop, salta, hop, salta.
Y dejarme ir a donde me lleve el capricho, ir de caza y
zamparme algún bicho.
Soñé que su brazo era de color azul cuando la encontré,
Rojo allí donde la tocaba, allí donde reaccionaba, un
besito, ¿nada?
La carne se hace pulpa donde le hinco el diente,
Doméstico accidente.
Se golpeó la cabeza, soñó durante un rato, se sintió mal,
durmió, se levantó y se cayó.
Se quedó tirada y se murió. Un hilillo de sangre le salía
del oído.
Salto/miro/huelo/desgarro/mejor no. Menudo
despilfarro.

Mejilla sin vida, espinilla sin vida, el pie y sus dedos.
Anillo de casada. Sonrisa.
Llegan los doctores, en la escuela los niños siguen
aprendiendo, aprendiendo.

Descanse, viudo inglés, cabeza llena de hojarasca,
El despeñadero de la vejez, soplar, resoplar, resoplar, soplar.
Salarios, exámenes, levantarse los pantalones caídos,
mentiras y momentos de euforia,
Los miedos se marchitan como flores en la pradera.
Regresarán a su debido tiempo.

Algunos padres hacen así, algunos padres hacen asá. Los hay malos por naturaleza, los hay llenos de bondad.
A veces jodes, a veces te joden, siempre ha sido así. La goma se rompe, un resoplido y un estornudo y todo ha acabado.
Una poda, para que crezcan bien.

Fueron auténticos expertos, los dos, en el arte de extrañar a una madre. El placer ha sido verdaderamente mío.

Pórtate bien y escucha a los pájaros, es tan sencillo como eso.

Larga vida a los animales imaginarios, a la necesidad, al talento.

Simplemente sé bueno y cuida de tu hermano.

NIÑOS

Papá dijo que había llegado la hora de esparcir
las cenizas de Mamá.

Por la mañana llamó a la escuela para decir que
estábamos enfermos. La casa está infectada, bromeó
con la secretaria, y pinta mal, les sale por ambos
extremos, no sé si me explico.

Qué asco. Nos reímos.

Fuera de la cama, chavales. Abrigos, gorros, y en
marcha.

PAPÁ

Fuimos a un lugar que ella adoraba. En el coche, de camino, les dije que era consciente de que, desde la muerte de su Madre, me había comportado de manera un tanto extraña. Me dijeron que no me preocupara. Les dije que el delirio de Cuervo había llegado a su fin, que iba a conseguir más trabajos de profesor y que iba a olvidarme de Ted Hughes.

Me dijeron que no me preocupara.

Dejamos el coche aparcado y caminamos en diagonal al viento.

Nos pusimos a mear y el viento hizo que el chorro nos salpicara los pantalones.

Mientras los niños hacían agujeros en la arena sembrada de guijarros me quedé dormido un rato y, al despertar, me los encontré durmiendo junto a mí, como guardaespaldas, con las capuchas puestas. Tenía calor.

No los desperté. Caminé hasta la orilla. Me arrodillé y abrí la urna.
Pronuncié su nombre.

Recité «Canción de amor», un poema que me gusta muchísimo pero que ella nunca tuvo en gran consideración. Me disculpé por haber tenido que leerlo y me dije a mí mismo que no me preocupara.

Las cenizas se alborotaban, parecían ansiosas por salir, así que incliné la urna y le grité al viento

TE AMO TE AMO TE AMO

y las vi elevarse, el presentimiento de una nube, el fracaso de todas las nubes, científicamente veloces y visualmente condenadas al desastre, una matanza de pequeños pájaros abrasados que salpicó el cielo gris, el océano gris, la blancura del sol, hasta desaparecer. Y los niños estaban a mi espalda, un dique de risas y de gritos, abrazándose a mis piernas, tropezando y agarrándose entre sí, brincando, dando vueltas, trastabillando de nuevo, rugiendo, aullando, y los niños gritaron

TE AMO TE AMO TE AMO

y su voz fue la vida y canción de su madre. Inacabada. Hermosa. Todo.

Premio Dylan Thomas.

«Max Porter es un escritor extremadamente libre y generoso. Ácido y juguetón a la vez que profundamente punzante».
Irene Solà

«No recuerdo un libro que me haya hablado sobre la ausencia de la manera en la que Max Porter lo hace».
Jesús Carrasco

En un apartamento de Londres, dos niños afrontan la tristeza por la inesperada muerte de su madre. Tras el fallecimiento de su esposa, el

padre es un hombre a la deriva. En medio del desconsuelo, la familia recibe la visita de Cuervo —antagonista, embustero, protector, terapeuta, niñero—, una ave negra y picuda que amenaza con quedarse en la casa hasta que sanen las heridas familiares.

«Esta es una carta de amor al dolor indescriptible y a la formidable belleza del mundo. La vida es sombría. La vida es divertida. Esta es una carta de amor a mis familiares, vivos o muertos. Es una carta de amor a la poesía, a los cuentos para niños, a las fábulas, a los mitos, a los ensayos y a los dramas teatrales. Al acto de leer de forma amplia y libre, al acto de reimaginar y reinventar cuanto hemos leído. A quienes entrarían bramando en una biblioteca cual cuervo gigante y borracho, para devorar y engullir entre gritos y alaridos. Este es un mensaje para mí mismo: no permitas que nadie te digas cómo debes leer. No permitas que nadie te diga cómo debes sufrir. Ignora la distancia más corta, la línea más vertical... Deambula, expándete hacia los lados, enmaráñate. Todo quedará inconcluso». Max Porter

La crítica ha dicho:

«*El duelo es esa cosa con alas* defiende que los libros, la literatura y la poesía pueden ayudar a salvarnos».
Los Angeles Times

«Desgarradora, oscuramente divertida, profundamente sonora, un resumen perfecto de lo que significa perder a alguien y aun así seguir amando el mundo».
Sarah Crown, *The Guardian*

«Notable... Única... Desgarradora... Brillante».
The Atlantic

«Una forma de magia literaria».
The National Book Review

«*El duelo es esa cosa con alas* es desgarradora, oscuramente divertida, profundamente sonora, un resumen perfecto de lo que significa perder a alguien, pero aun así amar al mundo, y si les recuerda a los editores que los mejores libros no siempre son los que pueden ser encasillados o definidos o etiquetados, mejor todavía».
Sarah Crown, *The Guardian*

«Al igual que [Ali Smith], Porter tiene la sensibilidad para saber cómo usar palabras simples con las que llegar a los temas más difíciles. Al igual que ella, sabe cómo ser divertido y serio a la vez... Una explosión y una brisa y, extrañamente, una delicia».
Jonathan Gibbs, *The Independent*

«Una meditación, en viñetas, sobre el dolor, el amor y la literatura... Divertido, cálido y real, este pequeño libro es para quedarse y saborearlo».
Francesca Wade, *The Telegraph*

«Uno de los libros más sorprendentes de este año, lleno de vitalidad y frescura... Conmovedor y, en última instancia, edificante».
***The Spectator* (UK)**

«Un libro para atesorar».
Irish Times

«He leído *El duelo es esa cosa con alas*, y lo terminé asombrado, perturbado, animado y destrozado. Nunca había leído algo así. Es deslumbrantemente bueno... Cualquiera que haya amado a alguien, o perdido a alguien, o ambos, se verá afectado».
Robert Macfarlane

Max Porter (High Wycombe, Reino Unido, 1981) es editor de Granta Books y Portobello Books. Su primera novela, *El duelo es esa cosa con alas*, ganó numerosos premios internacionales, entre los que destacan el Dylan Thomas y el Sunday Times/Peters, Fraser + Dunlop al mejor escritor joven del año. También fue finalista del Guardian First Book Award y del Goldsmiths Prize. Su segunda novela, *Lanny*, ha sido nominada a varios premios, entre los que destaca el Man Booker. Su obra ha sido traducida a veintisiete idiomas. Actualmente vive con su familia en Bath, Inglaterra.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Título original: *Grief is the thing with feathers*

Primera edición: febrero de 2023

© 2015, Max Porter
Faber & Faber Limited
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2016, Milo J. Krmpotić, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Fede Yankelevich

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4151-0

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse

Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Índex

El duelo es esa cosa con alas

Primera parte. Un eco nocturno

- Niños
- Papá
- Cuervo
- Papá
- Niños
- Cuervo
- Cuervo
- Papá
- Niños
- Papá
- Niños
- Cuervo
- Niños
- Cuervo

Segunda parte. La defensa del nido

- Papá
- Niños
- Papá
- Niños
- Papá
- Niños
- Papá
- Niños
- Papá

Niños

Cuervo

Niños

Cuervo

Niños

Papá

Niños

Niños

Cuervo

Papá

Niños

Niños

Cuervo

Niños

Papá

Niños

Niños

Papá

Niños

Cuervo

Tercera parte. Permiso para salir

Cuervo

Papá

Niños

Papá

Papá

Papá

Niños

Papá

Niños

Niños

Papá

Cuervo

Niños

Papá

Sobre este libro

Sobre Max Porter

Créditos